BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

EVASION DEL MUNDO DEL TERROR

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



Datos del libro

Traductor: mental funcionó bien?
Autor: Garland, Curtis
ISBN: 9780000000002
Generado con: QualityEbook v0.60

PREFACIO

EXISTEN millares de galaxias. Millones de Sistemas Solares. Millares de millones de mundos, acaso billones. Entre todos ellos, por el propio cálculo de probabilidades, tiene que haber un número indeterminado —pero cierto— de planetas habitados.

En esos planetas, las formas de vida pueden ser muy diferentes a las que conocemos o imaginamos. Algo que ni siquiera puede concebir el ser humano del planeta Tierra, a pesar de que aquí mismo tengamos formas de vida tan sorprendentes y extrañas como puede serlo una medusa, un reptil, un pez, un pájaro o un insecto, en relación con nosotros mismos.

Si ello es así en la propia Tierra —donde incluso se dan formas de vida orgánica tan insólitas como un elemento unicelular o una simple espora, un virus o cualquier microorganismo sólo identificable en los laboratorios—, ¿qué no habrá en esos otros cientos, acaso miles de planetas habitados, en otros Sistemas Solares y otras Galaxias?

Y quizá, quizá, incluso puede haber un mundo, uno solo cuando menos, que posea una forma de vida inteligente semejante a la nuestra. Tan semejante que, en apariencia, sea IGUAL a nosotros, los Humanos.

Pero sólo *en apariencia*…

Y ahí puede estar lo terrible.

Ahí. En un mundo remoto, ignorado, insospechado por todos nosotros.

Un mundo tan espantoso que sus propios habitantes desearan escapar de él. Evadirse para siempre.

Una auténtica evasión del mundo del terror…

PRIMERA PARTE

EVADIDOS

CAPITULO PRIMERO

APENAS si tuvieron noticias del desastre.

Sin embargo, lo habían presentido antes. No les sorprendió. Esperaban ese momento. Y actuaron en consecuencia.

En el momento de iniciarse el caos, todo estaba a punto. Sólo faltaba la señal de alarma. Aun así, esa señal llegó tarde para muchos. Realmente, casi para todos. Pero no para ellos dos.

No. Ellos ya lo tenían todo a punto.

Se miraron entre sí. Luego, estudiaron el panel de controles. Y en él, aquel parpadeo de alarma, con su luz rojo intensa, centelleante, casi deslumbradora, pese a su color.

—Es la señal —dijo él.

—Sí —afirmó ella—. La señal...

Ambos sabían lo que significaba. La habían estado esperando. Y temiendo, a la vez.

—Bien —musitó él—. ¿A qué esperamos?

—Supongo que a nada —dijo ella—. Ya nada hay que esperar... salvo el fin.

—El fin... Sí, es cierto. No debemos estar aquí para entonces.

—No. Ya no.

—Y no podemos hacer nada por ninguno... —jadeó él

—No, nada.

—Es terrible... Quisiera ayudarles a todos.

—Lo intentaste una vez. Y otra. Y fracasaste siempre. No quisieron oírte.

—Era fácil no oírme. No hay nada como hacerse sordo y ciego ante la verdad...

—Ahora, ya es tarde para ellos. Y lo será para nosotros, si esperamos aún más.

—Hay tiempo —él señaló el indicador de alarma—. Mira. Sólo marca cuatro. Cuando llegue a nueve, será el final.

—Será rápido.

—Claro que lo será. Pero tenemos tiempo. Ven. Todo está a punto.

—Yo también quisiera hacer algo por los demás… y no puedo.

—Como tú dices, se intentó todo. Se fracasó. Mala suerte… para ellos.

—Sí, supongo que sí. Pero nosotros… ¿adónde iremos?

—Eso… pertenece al futuro —sonrió él, encogiéndose de hombros. Miró en derredor—. Hay cosas que vale más no preguntárselas. Deja que el tiempo nos dé su respuesta. Buena o mala, habrá que aceptarla… porque no habrá otra.

Asintió ella. Se cogieron de la mano. Miraron en torno, a todo aquel complejo sistema que tanto tiempo les había llevado montar y preparar, sólo para un instante, para un segundo. Para un momento crucial en sus vidas: este de ahora, justamente.

De él dependía todo. De él dependían ellos. Y, quizá, el destino de otros, allá en algún lugar de las galaxias. Eso nunca se sabía.

—Cuando menos, espero que adonde vayamos, encontremos a alguien que sea como nosotros —dijo ella, pensativa, caminando por el túnel metálico, cilíndrico, de curvas paredes de aluminio, hacia su destino.

—Sí, también yo lo espero —él contempló su figura y la de ella, en las imágenes reflejadas en el distorsionado espejo metálico del corredor—. Que tengan dos ojos, dos piernas, dos brazos, un cerebro… y que piensen y sientan como nosotros.

—Y, naturalmente, que sean EN TODO como nosotros —le recordó ella, pensativa—. Si no, ¿qué sería de ellos… y de nosotros?

—Oh, claro —se apresuró a afirmar él—. Tiene que ser *en todo*. Resultaría terrible… que fuese de otro modo.

Ella se encogió de hombros, como dudando mucho que pudiesen hallar semejantes en los demás planetas. Luego, se detuvo, apretando la mano del hombre, ante la férrea puerta de metal fulgurante, cerrada de modo hermético.

Al lado, en una esfera graduada, una aguja osciló, saltando de una cifra a otra. El miró con sobresalto.

—Siete —dijo—. Ha saltado del seis al siete… y muy de prisa.

—Sí, ya lo vi —afirmó ella—. Las cosas se complican.

—Y se precipitan —corroboró él—. Espero que haya tiempo de todo. Vamos, no hay que entretenerse. El fin está demasiado cerca...

Empezó a girar una rueda dentada, en la puerta acerada. Dentro, algo chascó con aquel giro. Al mismo tiempo, pulsó un resorte, y se produjo un largo, ahogado zumbido. Comenzó a ceder el gran bloque metálico, deslizándose sobre silenciosos raíles a un lado.

Dentro, una gran cámara con cúpula luminiscente, apareció ante ellos. En su centro, esperaba un cilindro vidrioso, en cuyo interior parecían flotar brumas irisadas. Lo señaló vivamente él.

—Vamos —dijo—. No hay tiempo que perder.

En una esfera graduada se produjo otro leve y súbito giro de aguja. Los dos miraron con ojos aterrados a la misma. La aguja, vibrando, señalaba ya la cifra ocho.

—¡Ocho! —susurró ella—. ¡Va a acabarse todo, de un momento a otro!

—Lo sé. Algo ocurre. Las cosas se precipitan terriblemente. ¡Corre, vamos ya!

Y corrieron. Alcanzaron el cilindro vertical, irisado. Se metieron en él, a través de una escotilla que se deslizó silenciosamente, abriéndose a su sola proximidad. Los cinturones de ellos emitieron unos destellos magnéticos que provocaron su funcionamiento.

El cilindro se cerró de nuevo. Estaban dentro. Sus cuerpos flotaron en un ámbito falto de toda gravitación. Era como si de repente no pesaran absolutamente nada. Como si se hallasen en el vacío mismo...

Y ese mismo vacío pareció llamarles, absorberles en sentido vertical. Sus cuerpos ascendieron, ascendieron, en una fantasmagórica evasión hacia la nada y hacia la bruma que les envolvía.

Afuera, en las esferas graduadas, las agujas saltaron de nuevo. Señalaron la cifra nueve, en un sector completamente rojo ya...

De repente, todo pareció pulverizarse.

Primero se resquebrajó. Luego, se diluyó. La materia dejaba de ser materia, el metal se disolvía, los plásticos

se evaporaban, todo se hacía polvo. Crujidos terribles y agónicos señalaban el caos supremo, el apocalipsis de un mundo remoto, en alguna parte del Universo.

Y mientras eso sucedía, dentro de un cilindro de Espacio-Tiempo, dos formas vivientes, dos seres humanos, hombre y mujer, hermosos y arrogantes, parecían desaparecer totalmente, segundos antes de que el desastre exterior disolviera incluso el tubo vidrioso, en una especie de vapor, de cristalizaciones repentinamente impulsadas, en una explosión terrible pero silenciosa...

Después, el silencio. La quietud. La Nada.

Nada.

Silencio, muerte, olvido. Sencillamente, dejar de ser. Para siempre.

El dejar de existir de un mundo entero. Un planeta había pasado a ser polvo cósmico, perdido en el vacío infinito.

Nada ni nadie se salvó de la hecatombe presentida por unos pocos y rechazada por la mayoría.

Solamente dos personas. Dos evadidos del mundo agónico, destrozado. Dos seres en fuga hacia alguna parte en algún instante del Universo.

Un hombre y una mujer.

En busca de un mundo donde pudiera haber alguien igual o parecido a ellos.

¿Llegarían a encontrarlo?

Hubo un instante en qué pareció que sí. Pero...

CAPITULO II

HABÍAN dado el Gran Salto.

Ambos lo sabían. Ambos miraron hacia delante, a las brumas que les envolvían, entre las que sus cuerpos se materializaban, trasladada la materia desde remotas distancias, por encima de Tiempo y Espacio, de lejanías en la distancia y en el devenir de las horas.

«Hemos llegado», pensó él.

«Estamos en alguna parte», pensó ella.

Se miraron los dos. Su mirada era una pura interrogación. Y también una pura duda, una incertidumbre profunda y terrible.

¿Qué iban a encontrar allí, en aquel mundo que ahora sentían, sólido y firme, bajo sus pies? ¿Qué formaba parte de su inmediato futuro, en alguna parte del Cosmos?

—Lo logramos —jadeó él, trémulo—. El ingenio funcionó. Yo estaba en lo cierto. Sabía que llegaríamos a alguna parte. Y hemos llegado...

—Sí, hemos llegado —asintió ella—. Pero... ¿adónde?

—No sé. Eso, tendremos que averiguarlo después. Lo importante es que seguimos con vida, que estamos en un mundo donde el aire es respirable, donde la vida parece posible para nosotros, cuando menos en principio...

—Donde hay un sol que alumbre los días. Y una luna que ilumine las noches... —señaló al cielo, nuboso—. Mira. Ese sol rojo, deslumbrante... Mira allá, ese cuerpo casi desvanecido en el azul... Debe ser un satélite nocturno.

—Nocturno... —él pestañeó—. Hay día y hay noche..., ¿por qué no puede ser todo lo demás igual a fin de cuentas?

—¿*Todo* lo demás? —dudó ella—. No sé...

—Sí, ¿por qué no?

—Claro. ¿Por qué no? —pero era evidente que ella no estaba muy segura de eso, aunque se dedicara a seguir el hilo de los comentarios de su compañero de evasión.

—Sea como fuere, sigamos adelante —musitó él—. Hay que ver qué lugar es éste, llegar a algún sitio habitado...

—Espera. ¿Hablarán nuestra misma lengua?

—No, claro que no. Aunque sean humanos, no pueden hablar lo mismo. Diremos que somos... extranjeros.

—Extranjeros... Sí, claro...

Y siguieron adelante. Esperando ver algo. Y ver a alguien...

No tardaron en lograr su objetivo.

* * *

Roger Carrel se volvió, pensativo. Colgó otra vez el rifle de mira telescópica al hombro, y comentó con indiferencia :

—No era nada, profesor. Solamente un reptil. Se alejó con rapidez. No era peligroso.

—Por un momento, creí que alguien nos acechaba —jadeó el profesor Udanowsky. Se enjugó el sudor de su húmedo rostro enrojecido por el sol—. Creo que empiezo a ponerme nervioso, amigo mío.

—No diga eso. Todos estamos algo nerviosos —dejó de hablar, para prestar atención a los agudos chillidos de un ave multicolor, que elevó el vuelo por encima de las acacias de copa alargada, plana y como perezosamente tendida bajo el azul sin apenas nubes —. África siempre pone nervioso a uno.

—Creí que usted era un experto en esta clase de expediciones, Roger —suspiró el profesor.

—Quizá por eso mismo —sonrió Carrel—. Uno nunca se habitúa por completo a este mundo. Es diferente a todo lo demás.

—Diferente... —reflexionó Udanowsky—. Es nuestro, amigo. Forma parte de nuestro mundo. Del planeta Tierra. Si supiera usted lo que realmente es diferente...

Y elevó los ojos al cielo, por debajo del ala blanca de su salacot. Roger asintió, reemprendiendo la marcha.

—Imagino lo que quiere decir —aceptó—. El espacio exterior... la Luna... No todos hemos tenido el privilegio de viajar a otros mundos, profesor.

—¿Privilegio? —dudó Udanowsky, encogiéndose de hombros—. Lo dudo mucho, Roger. Cierto que fui astronauta en mi país. Que visité la Luna, que he viajado en una nave espacial, en torno a la Tierra... Pero no creo que eso sea una ventaja para nadie. Desde entonces empecé a sentirme algo... histérico.

—¿Se califica de histérico porque busca algo en África? —sonrió Carrel—. Su teoría puede ser cierta, profesor.

—Puede que sí. O tal vez sea lo que dijo la NASA, lo
que afirmó el Centro Soviético de Exploraciones Espaciales... Una locura. Un disparate.

—Ahora tiene la ocasión de demostrar si estuvo en lo cierto. Es su dinero el que arriesga, no el de ellos. Ni su país ni Estados Unidos cooperaron en esta empresa, ¿no es cierto?

—En efecto. Mis libros y ensayos sobre esos vuelos espaciales, me han proporcionado el dinero suficiente —rió, sacudiendo la cabeza—. Mis colegas de Moscú están escandalizados. No comprenden mi actitud. Los americanos... me temo que también, Roger.

—Y aquí estamos nosotros —rió a su vez Roger—. Un científico que fue astronauta.., y un experto en *safaris*, partiendo de Nairobi... rumbo a alguna parte.

—Sí. Rumbo... ¿adónde? —suspiró el profesor—. Al fracaso, quizá.

—O a un descubrimiento increíble —señaló Roger, esperanzado, para darle alientos a su jefe de expedición. Luego, miró atrás, al campamento en torno al cual estaban ellos explorando la espesa jungla—. ¿Y su sobrina? ¿Qué dice ella a todo esto, profesor?

—¿Ivana? —el sabio moscovita se encogió de hombros, escéptico—. No sé... No dice nada. Ella tiene fe en mí. La tuvo siempre, desde niña.

—Pero ya no es una niña —señaló Roger, frunciendo el ceño.

—No, no lo es. Es una preciosa criatura, una muchacha encantadora y admirable. Pero sigue callando, esperando... y quizá confiando en mí. O acaso temiendo por mí, no sé.

—Curiosa expedición la nuestra —comentó Roger—. Escasos miembros, poca escolta de porteadores... y una misión insólita en un *safari.*

—Insólita... —resopló Udanowsky—. Sí, eso sí que es bien

cierto, amigo mío... ¿De veras desea continuar el camino?

—Estamos apenas en su principio —sonrió Roger Carrel—. Mombasa aún queda lejos. Y más aún la divisoria de Tanganika...

—Tanganika... —suspiró Udanowsky—. Todo eso está aún tan lejos...

—África es grande. Inmensa. Todo está lejos. Y, a la vez, con paciencia, constancia y una gran dosis de suerte... todo puede estar cerca, profesor.

—¿Incluso... lo que yo busco? —dudó el científico ruso.

El joven guía británico asintió despacio, con expresión meditativa en sus ojos grises, penetrantes y fríos, clavados en la espesura que les separaba aún de las grandes sabanas meridionales de Kenya, con sus dispersas acacias de apaisadas copas, tan típicamente africanas.

—Incluso lo que usted busca, profesor —musitó—. Aunque sea de otro mundo...

. * * *

El aullido tuvo una larga resonancia en el silencio de la noche, cálida y tranquila, profundamente silenciosa.

Se estremeció la muchacha. Tomó un sorbo de café.

—Otro mundo... —susurró—. Sí. Esto lo parece. Es como vivir en un planeta desconocido y hostil.

Roger Carrel sacudió la cabeza. Su cabello rebelde, levemente ondulado, de un castaño con mechones rubios, se agitó al hacerlo. Los labios carnosos y firmes dibujaron una mueca burlona.

—Señorita Udanovna, África no es tan difícil, aunque

sí compleja. Tampoco es todo lo hostil que parece. ¿Sabe quién emitió ese aullido?

—No —susurró la joven—. En Rusia no se oye esa forma de aullar...

—Posiblemente nunca lo oyó usted. Ha escuchado a un leopardo.

—¡Un leopardo! —se estremeció, abriendo mucho los ojos. La rubia, suave belleza casi infantil, de puro ingenua y delicada, de Ivana Udanovna, sobrina del profesor Fedor Udanowsky, reveló temor, inquietud—. Un felino peligroso...

—Muy peligroso... si se le ataca, tiene hambre o está herido. No siempre ocurre eso. A veces se limita a vigilar a un ser humano. Y

luego se va, despreciativo.

—¿Cómo podemos saber que está alimentado ese que aulló antes? —dudó la joven rusa.

—Es intuitivo. No se sabe, pero se presiente. Yo sé que no tiene hambre. No hay miedo. No atacará el campamento. Además, la fogata es fuerte. Arderá hasta el nuevo día. Los animales de la jungla rehúyen el fuego... Supongo que eso sí lo sabía.

—Una llega a olvidar lo que estudia en los libros o ve en el cine y la televisión... al hallarse enfrentada a los peligros naturales.

—En eso tiene razón —rió él—. Me costó mucho tiempo sentirme tranquilo en África...

Ella le miró, curiosa. Sus ojos claros brillaron, admirativos.

—¿No nació aquí? —indagó Ivana.

—Cielos, no. Soy un extraño más en este continente misterioso, terrible y magnífico a la vez. Nací en Londres, y me crié en todo el mundo. La India, el Sudeste asiático... y luego el Continente Negro: Madagascar, Zanzíbar, Sudáfrica, la costa Oriental africana... Y aquí me tiene. Guía profesional de *safaris* en Nairobi o Mombasa. Un oficio como otro cualquiera...

—Un oficio apasionante, ¿no cree?

—Depende de cómo se vean las cosas —sonrió él. Se encogió de hombros—. Todos los oficios del mundo tienen algo de rutinarios, algo de apasionantes... Incluso el de su tío, el profesor creo yo que es así...

—Astronauta... —Ivana asintió con énfasis, agitándose sus rizosos cabellos dorados—. Un hermoso trabajo. Yo llegué a pensar que era como ser un superdotado, un hombre diferente a todos, un héroe de los espacios... Y luego...

Inclinó la cabeza, pesarosa. Roger miró a la tienda del profesor. Seguía iluminada. La lámpara de gas butano ardía dentro. Udanowsky trabajaba en la noche, mientras los porteadores nativos dormían. Ya no eran esclavos sometidos como antes, ni negros medrosos y llenos de supersticiones primitivas. Pero eran ciudadanos keniatas que cobraban buen salario como porteadores, y gustaban de ese trabajo. Para ellos, la expedición era apacible. Más aún que un *safari*. Ni siquiera había que cazar o fotografiar animales salvajes en la jungla o en la sabana.

—Luego... ¿qué? —quiso saber roncamente Roger Carrel,

frunciendo su ceño.

Ivana hizo un gesto evasivo, en el que había algo evidentemente triste y pesaroso.

—Tío Fedor era un hombre alegre, jovial y lleno de inquietudes, antes de ir a la Luna y de circunvalar varias semanas la Tierra, a mucha altura en el espacio… —habló con lentitud, pensativamente —. Luego, regresó… y ya no era el mismo. No pensaba igual. Apenas sonreía.

Surgió su extraña idea, su obsesión… Lo que nos ha llevado aquí, señor Carrel.

—¿Sólo… una obsesión? —puntualizó Roger, enarcando las cejas.

—He llegado a pensarlo. Pero tío Fedor es demasiado inteligente para dejarse dominar por una manía absurda. Tiene que haber algo… Algo científico, razonable…, no sé.

—Científico y razonable… —suspiró Roger. Entrelazó sus dedos, apoyando los brazos en sus rodillas. Contempló la fogata vivaz, haciendo bailar sombras en la noche verde y densa de la jungla de Kenya, a pocas docenas de millas de Nairobi todavía. Alzó la cabeza. Miró fijamente a la muchacha rusa. Y le espetó casi con brutalidad, tan rudo fue su tono—: ¿Usted cree que es posible que aquí, en África… su tío Fedor Udanowsky, astronauta y científico espacial de la Unión Soviética… llegue a encontrar a un ser extraterrestre?

Ivana no respondió a eso. Sus azules ojos eslavos se llenaron de humedad, de llanto cuajado. Luego, inesperadamente, se irguió. En las sombras selváticas africanas, ululó algún animal nocturno. Y ella se alejó hacia su propia tienda, vecina a la del profesor, conteniendo un llanto humillante.

Cuando la lona cayó tras ella, Roger Carrel se encontró solo en el campamento, ante la fogata. Repentinamente, pese al húmedo calor de la noche, el guía sintió frío. Se incorporó. Caminó hasta uno de los porteadores que, rifle al hombro, cubría su turno de guardia, sin revelar aprensión alguna, en torno al reducido campamento.

—¿Alguna novedad, Watai? —indagó.

—Todo en orden, *bwana* —fue la respuesta casi risueña. Los ojos y los dientes del porteador brillaron en la oscuridad, en contraste

con el tono oscuro de su piel.

No hay problemas...

—Ni creo que los haya —suspiró Roger—, Es un *safari* tranquilo, Watai.

—Muy tranquilo —asintió el keniata—. ¿De verdad tiene algún objeto este viaje, *bwana*?

—Eso me pregunto yo... —sacudió la cabeza Roger, volviendo a sonreír calmosamente. Se encaminó a su propia tienda, con un bostezo, desperezándose de fatiga. Y musitó para sí, con tono escéptico, casi escandalizado—: ¡Bah...! ¡Seres extraterrestres... en África! ¡Eso es cosa de locos...!

CAPITULO III

—SERES extraterrestres...

—Sí. Eso dijo el hombre. Seguro.

—¿El circuito de traducción mental funcionó bien?

—Correctamente. No hay duda alguna. Es lo que dijo. Y lo que pensaba.

—Parece un lenguaje fácil el suyo...

—Todos lo son. El de él, el de ese hombre viejo y la muchacha... e incluso el de los cargadores de piel oscura. Diferentes lenguas, distinta construcción..., pero fácil de traducir a nuestros medios de expresión.

Los Extraños se miraron en silencio, tras cambiar impresiones. Estaban sorprendidos. Y esperanzados. Todo era sencillo en aquel mundo tan diferente al suyo, pero poblado, cuando menos, por humanoides semejantes a ellos. Increíblemente semejantes...

Al menos, en apariencia.

—Hablaron... de seres extraterrestres —musitó ella.

—Sí...

—¿Nosotros?

—No sé. Pudiera ser que sí. Pero ¿cómo se enteraron ellos *antes* de llegar nosotros a este mundo?

—No sé. Quizá sean hipersensibles. O adivinan el porvenir. O... el Tiempo sea un concepto de diferente dimensión en este planeta... —aventuró ella.

—Quizá —convino secamente él. Luego, estudió la espesura, verde frondosa, y más allá los reflejos de luz, el campamento dormido bajo la noche ecuatorial—. Somos tan parecidos a ellos...

—Sí, pero... ¡lo somos *en todo*! —dudó ella.

—No..., no sé —argumentó su compañero—. No he aprendido lo

suficiente sobre ellos. No sé cuál es su exacta naturaleza. Tiempo habrá de ello…

—Si nos buscan a nosotros con algún objeto, creo que ese tiempo nos faltará.

—Resulta extraño —meditó él—. ¿Cómo pudieron saber que estábamos nosotros aquí? No sé, hay algo raro en todo esto…

—¿Qué puede ser ese algo tan raro? Ellos están en su mundo. Nosotros, no. Y hablan de extraterrestres. Por tanto…

—Sí. Por tanto, parece que se refieren a nosotros —él desvió la mirada—. O a alguien como nosotros…

—*¿Alguien?* —repitió ella—. ¿Quién?

—No puedo responder a eso. No sé, pero… presiento algo. Mi mente capta algo raro. Algo que no puedo entender totalmente y que me preocupa. Me preocupa mucho.

Ella le miró sin entender. El no trató de aclararle el enigma. Quizá porque tampoco hubiera sabido hacerlo.

* * *

La expedición seguía adelante.

Ahora, la gran sabana de Kenya se extendía ante ellos, llana y despejada, salpicada de las acacias peculiares de las llanuras africanas. Se cruzaban con grupos asustadizos de cebras, antílopes o ñus de blanca barba y su peculiar cabeza y cuernos de vaca, crin y cola de caballo y cuerpo de ciervo, como se le acostumbraba a describir pintorescamente.

Los *jeeps* de viajeros y carga, moderno método de *safari* a través del continente africano, levantaban una seca polvareda del suelo desértico, entre matorrales y salpicaduras de acacias.

Rayadas cebras y jirafas, rivalizaban en rapidez y arrogancia, en su fuga vertiginosa de los vehículos «todo terreno». Okapis amedrentados, se hundían en la espesura que formaba su mundo, huyendo del ruido de motores de gasolina y de la vecindad siempre inquietante del hombre.

Por encima de todo eso, el azul terso del cielo africano. Y nubarrones blancos o grisáceos, formando dibujos estirados en el cielo cálido.

Allá, en los abrevaderos naturales de la sabana, mescolanza increíble de majestuosos, melenudos leones, jirafas de largo cuello y patas quebradizas, e incluso pequeños grupos de antropoides,

asustadizos, saltando de rama en rama, hacia la jungla…

Era África,

África eterna, salvaje, misteriosa, inquietante…

Los ojos de Roger no perdían detalle. Cámara, rifle telescópico y revólver, permanecían quietos sobre su indumentaria típica de cazador en *safari* profesional. A su lado, Ivana contemplaba con asombro y admiración de niña grande todo aquel prodigio natural de la fauna africana.

Detrás, pensativo, examinando lo que le rodeaba con aire ausente, como si nada de lo que entraba por los ojos tuviera la menor importancia, el profesor Fedor Udanowsky…

Roger miró atrás, al *jeep* amplio, con techo de lona, donde iban los cinco porteadores nativos y los bultos de equipaje, víveres y toda clase de útiles. Watai dirigía al grupo. Buen chico Watai. Buen conocedor del inglés y el francés, buen auxiliar en todo caso. Era un habitual compañero de viaje, un buen camarada en tales lides. Pero aquel *safari*, evidentemente, no era del gusto del joven negro. Tampoco lo era del suyo. Buscar fieras, para cazarlas o para captarlas en filmación, era su tarea. Buscar extraterrestres… Aparte de ser un disparate, no era trabajo suyo. Pero Udanowksy pagaba bien, y no se le podía discutir. Existía un contrato legal, visado por las autoridades de Nairobi. No podría volver a contratar *safaris* en todo Kenya, si dejaba sin cumplir su misión actual. Y bien que lamentaba ahora haber aceptado aquel contrato de dementes.

—Sé lo que está pensando, Roger.

—¿Eh? —se sobresaltó, volviéndose al profesor, inquieto.

—Cree que estoy loco.

—No dije nada, profesor…

—No hace falta que lo diga. Cada día que avanza y nos vamos alejando de Nairobi, usted tiene menos fe en mis teorías, y se arrepiente de haber aceptado la tarea iniciada. No sea hipócrita, y acéptelo así.

—Nunca fui hipócrita —rechazó secamente Roger—. Admito que dudo mucho de sus teorías, profesor. No creo que encontremos extraterrestres. Pero sí creo algo: usted me paga, y existe un contrato legal entre ambos. Mi trabajo es éste. Cumpliré mi misión. No objetaré una sola palabra hasta llegar al punto señalado en el

contrato: Tanganika. Donde, según usted, está aquello que busca.

—Y que no son fieras vivas. Ni muertas.

—No son fieras vivas ni muertas. Una especie distinta de trofeos. Eso es cosa suya, los encuentre o no. Yo cobraré allí mi última parte del contrato. Y asunto terminado.

Hubo un silencio. Rodaban por la cálida sabana, entre manadas de cebras, jirafas, antílopes y agrupaciones de acacias.

—Puede terminar ahora mismo —dijo bruscamente Udanowsky —. No me gusta que se burlen de mí y me consideren un chiflado. Volvamos, Roger.

—¿Qué? —Carrel giró la cabeza, contemplándole escrutador.

—Volvamos a Nairobi —suspiró el ruso—. Creo que me equivoqué. Le pagaré hasta el último dólar de su contrato. Vamos, Roger. No sigamos esta farsa ridícula.

—Tío, por favor… —Ivana, dolida, se volvió hacia su viejo pariente. Había humedad en sus claros ojos azules—. ¿Ya abandonas?

—Abandono, sobrina —declaró el sabio, vencido. Miró en torno, a la imponente extensión lisa y árida de la sabana—. Me cuesta mucho aceptar mi fracaso. Pero es de personas inteligentes y razonables admitir sus errores. Me costó un dinero. Y una humillación. Pero no me va a costar más tiempo perdido. Ni más burlas.

—Profesor, yo jamás me burlaría de usted. Stanley sirvió de escarnio a muchos, cuando hace cien años buscó por estas mismas regiones al misionero Livingstone, a quien todos dieron por muerto. Stanley estaba loco, decían. Pero Stanley tuvo fe. Y encontró a Livingstone.

—Livingstone era humano. Yo… ni siquiera busco nada humano.

—Ya —miró fijamente Roger Carrel a su viejo patrón moscovita. Aventuró una pregunta que bailoteaba en su mente—: *¿Qué* busca usted, exactamente, profesor? Me gustaría saberlo…

—No busco a nadie —fue la apacible respuesta—. Tal vez busco… *algo*. No un ser, sino una…, una *cosa.*

—¿Qué *cosa*? —insistió Roger, apremiante, preocupado.

—Si lo supiera… —Udanowsky se encogió de hombros. Entornó los ojos, soñador. El polvo de la sabana keniata atacó sus ojos estrechos, claros y astutos. Pero no pareció importarle. Su suave

inglés con acento extranjero, sonó leve, sereno, siempre correcto y frío—: Busco lo que en el espacio supe que había llegado un día a la Tierra... Algo que debía ser destruido... antes de que «ello» nos destruyera a nosotros. No me pregunte cómo lo supe ni cómo decidí llevar a cabo esta expedición, amigo mío. No me pregunte nada. No me gusta hablar de ello. Ni siquiera deseo seguir adelante. Por fuerza estuve loco para pensarlo. Volvamos, se lo ruego.

—¿Lo dice en serio?

—Sí. Totalmente en serio.

—¿No está engañándose a sí mismo, profesor? —dudó Roger Carrel.

—No, no. En absoluto, amigo mío. Por favor, vamos de nuevo a Nairobi.

—¿Es un ruego?

—No —negó Udanowsky, seco—. Es una orden, Roger.

—Bien. En ese caso... —suspiró, inclinándose. Viró el volante del *jeep*—. Regresemos a Nairobi, profesor. Sus 34 órdenes son las únicas que puedo obedecer. Usted es quien paga...

Con sorpresa, Watai también maniobró el segundo *jeep*. Siguió al de Roger Carrel.

Realmente, volvían a Nairobi.

Roger, de soslayo, observó que la joven, casi infantil Ivana, sollozaba en silencio.

* * *

El campamento dormía en forma apacible.

Un nativo vigilaba, arma en mano, paseando en torno al claro. La luz de la fogata, apenas rescoldos ya, dibujaba su figura borrosamente, recortándola, fantasmal, contra los arbustos del límite de la jungla ante el cual acampaba la expedición, en su regreso a Nairobi.

Entre la espesura, dos pares de ojos vigilaban, atentos.

Una voz susurró en el silencio, apenas audible, en un extraño lenguaje que nadie hubiera sabido traducir; que incluso a las fieras les hubiera resultado insólito:

—No lo entiendo... Vuelven atrás.

—Sí, regresan. Es evidente que se cansaron. O se dieron por vencidos.

—Pero el viejo buscaba algo en alguna parte... ¿Le oíste hablar?

Algo, no *alguien*…

—Sí, lo sé —convino él—. Aun así, no lo entiendo. Son seres diferentes. No es fácil comprender sus reacciones. Puede que sea un fracaso… o sólo una retirada oportuna.

—Entonces… no nos buscaban a nosotros.

—No, no era a nosotros. Siempre estuve seguro de eso, ya te lo dije —musitó él.

—¿Qué buscarían?

—No lo sé. Algo —se quedó contemplando la noche serena del África oriental—. He entendido algunas de sus ideas y pensamientos. Les gusta la caza. Cazar animales salvajes, ¿entiendes? De esos que vemos correr por ahí.

—¿Cazar? ¿Para comer?

—No, no. Para comer, no.

—¿Para qué, entonces? —se extrañó ella.

—Bueno, me temo que no lo entiendas —él desvió la mirada—. Son gente rara. Matan por matar, no por necesidad. A veces, es un placer. Cobran trofeos. Es difícil de admitir, pero es así. Quizá tengan cosas buenas, pero tienen también muchas de la peor especie…

—¿Querían cazar también a ese… «algo»?

—Me imagino que sí. Sea lo que fuere, les interesaba mucho.

—Y ya no les interesa.

—No. Ya no.

—¡Extraña gente, en verdad!

—Muy extraña. Espero entenderlos alguna vez, si hemos de integrarnos en su mundo. Pero será difícil, estoy seguro.

—Volver atrás… No tiene sentido. Nunca tuvo sentido volver al sitio de donde uno viene. Se debe marchar siempre adelante. Siempre…

—Al menos, en lo que nosotros suponemos. El error puede ser de ellos o nuestro. Veremos…

Siguieron vigilando el campamento. No tenían sueño. No dormían nunca. No se fatigaban. Ellos, sin duda, tenían algo diferente. Encima de ellos, el cielo nocturno era azul oscuro, salpicado de astros.

—Mira —susurró ella de repente, señalando a esas estrellas—. No hay luna…

—No, no hay luna —convino él—. Pero mira aquella claridad distante, en el horizonte. Es..., es como si fuera a brotar una. Un satélite de la noche...

—¿Ocurrirá eso? —se preocupó ella.

—Pudiera ser —fue la respuesta de él—. Pudiera ser...

En la fogata, los rescoldos casi se extinguían ya. El keniata paseaba, adormilado, en torno al campamento.

De súbito, como si algo extraño le sucediera, se detuvo. Osciló. Intentó moverse, alzar su arma, decir algo. Todo fue inútil.

El rifle escapó de sus manos. Golpeó blandamente los arbustos. Se puso rígido el negro cuerpo musculoso, grasiento. Cayó despacio, como dormido en pie. Chocó de forma ahogada en tierra. No se movió.

—¿Qué le ha sucedido a ese hombre oscuro? —indagó la voz de ella—. ¿Duermen así en este planeta?

—No, ni mucho menos —declaró él, preocupado—. Algo sucede. Espera. Mira eso...

Ella miró. Empezaban a suceder cosas extrañas. Cosas que no entendía. El campamento continuaba dormido. Nadie había advertido la caída del vigilante nocturno. Ahora, los durmientes todos, estaban prácticamente indefensos ante lo que pudiera suceder.

Y algo sucedió.

—Mira... —susurró ella—. Esos animales... ¿Qué hacen?

Su compañero miró las formas elásticas, felinas, suaves y aterciopeladas, que, con sinuosos, silentes movimientos, iban entrando en el campamento. Ojos fosforescentes brillaban en la oscuridad. Se deslizaban como si fuesen de goma elástica. Pasaron junto al negro inmóvil, le olfatearon un instante, sin hacerle más caso.

El Extraño notó algo raro en eso. Su mente trabajó con celeridad.

—Eh, mira eso... —susurró.

—¿Qué? —quiso saber ella.

—Esos animales... Son felinos feroces. Leopardos, les llaman ellos... Ávidos de sangre y de muerte. Sin embargo...

—Sin embargo... ¿qué?

—Sin embargo, ni siquiera tocaron al caído. Raro, ¿no?

—¿Tú crees que es raro? No conocemos apenas nada de este mundo...

—Creo haber conocido lo bastante —replicó él—. No me gusta eso.

—¿Por qué no? Sería peor que lo despedazaran, ¿no crees?

—Sería peor. Pero sería natural, lógico. Es lo que ellos harían, en circunstancias normales.

—Y esto... ¿no son «circunstancias normales»? —se interesó ella.

—No, evidentemente... no lo son. Y no sé por qué... Eh, contempla eso.,. *Todos* los leopardos van hacia una sola tienda de campaña!

—Sí... —Ella contempló fascinada el desfile de felinos feroces, hacia la tienda iluminada en la noche—. Es..., es la tienda del hombre viejo.,.

—Si todos esos animales entran allí,.., nada ni nadie podrá salvarle. Uno solo de ellos puede destrozarle. Y ese grupo... ¡puede destrozar a toda la' expedición en unos instantes!

—Sería horrible... ¿Y qué podemos hacer nosotros para evitarlo?

—Me temo que nada, querida —susurró él—. Nada en absoluto... mientras luzcan esas estrellas en el cielo...

Ella miró al firmamento. Los astros eran destellos de luz lejana en el azul oscuro. Súbitamente, allá en el horizonte, el resplandor plateado se hizo más intenso. Ella gritó, a flor de labio solamente:

—¡Mira! Mira... Sale...!, sale una luna de este mundo...

El miró. Era cierto. Un gran disco plateado emergía sobre sus cabezas, súbitamente, alumbrando nítidamente el paraje. Y también sus humanas figuras de otro mundo, de otro planeta de humanoides, evadidos del terror y de la muerte... El disco era incompleto. Luna creciente. Pero ellos, era la primera vez que lo descubrían allí, en la sabana de Kenya..., en el planeta Tierra.

Los felinos feroces estaban ya entrando en la tienda del profesor Udanowsky. Emitieron repentinos rugidos de las fauces de las fieras... Gritó aterrorizado el sabio ruso. Se conmovió el campamento, atacado por una docena de leopardos, o quizá más...

El Extraño jadeó, incorporándose:

—¡Vamos! Es nuestra hora...

Ella asintió, siguiéndole hacia el campamento atacado por las fieras...

CAPITULO IV

ERA un panorama sangriento.

Roger Carrel cambió una mirada perpleja con el profesor Udanowsky y con su sobrina Ivana.

—No puedo entenderlo... —jadeó—. ¿Qué sucedió aquí, profesor?

—Yo también quisiera comprender algo —Udanowsky estudió lo que se ofrecía a sus ojos—. Veo... un montón de animales feroces. Leopardos despedazados, destrozados por algún poder inexplicable...

—¿Qué clase de poder? —Ivana contempló a los felinos sin vida, desgarrados, sangrantes, como si un monstruo devastador los hubiera manipulado como a simples alimañas sin la menor fuerza, haciéndolas pedazos.

—No sé... —impresionado, Roger estudió el hacinamiento de cuerpos sin vida—. Sólo recuerdo su grito de terror, profesor. Luego, los rugidos de los animales, el desgarrar de las lonas bajo sus zarpas... Y, finalmente, el caos de aullidos, de sangre, de destrozos... No, no tiene sentido alguno todo esto.

Miró hacia el cielo Udanowsky. Se enjugó el sudor. La luna era una redonda e irregular forma plateada, brillando en el azul. La sabana parecía un mar en calma. Y de él, emergiendo las siluetas de las acacias. Ni el menor signo de vida. El misterio envolvía los sucesos recién acaecidos.

—Recuerdo que desperté, alarmado —dijo el ruso—. Me vi repentinamente rodeado de leopardos. Sus ojos eran fosforescentes, amenazadores... Sentí el vaho maloliente de sus fauces, el olor de sus cuerpos... Intenté levantarme, tomar un arma, defenderme. Grité, estoy seguro. Es todo lo que sé. Luego..., luego, la lámpara de

gas se desplomó, apagándose. En la oscuridad aullidos, rugidos, zarpazos, sentí que su sangre me salpicaba..., pero ninguno llegó a atacarme. Luchaban con algo. Algo que nunca sabré lo que pueda ser..., pero que salvó mi vida. E hizo pedazos a los animales feroces...

—Es curioso... —Roger se inclinó, examinando los cuerpos caídos en tierra. Tocó la sangre aún caliente de las brutales heridas. Era como si zarpas de acero hubiesen desgarrado aquellos cuerpos de aterciopelada piel manchada. Los animales eran fuertes, elásticos, jóvenes. Y hambrientos. Algo devastador tuvo que aniquilarlos. Algo que él no se explicaba.

—¿Qué es lo curioso? —se interesó Ivana.

—Todo esto. Una serie de felinos atacando de repente, en silencio... No acostumbra a suceder que se reúnan en manadas tan abundantes... Hay parques nacionales muy cerca. Las ñeras salvajes en libertad son más bien escasas. Y aquí hay casi una docena... Todos atacando al mismo tiempo. Y todos despedazados por,.., por no sé qué. Sin duda por un animal titánico inconcebible.

—O por varios —señaló Ivana.

—Sí, puede que haya más de uno —aceptó Roger, pensativo. Señaló las heridas—. Y todos con zarpas de auténticas fieras aniquiladoras. Dios quiera que nunca nos encontremos frente a semejante enemigo.

—Por el momento, Roger..., no ha sido un enemigo —señaló Udanowsky, despacio.

—No, no lo ha sido. Evitó nuestra muerte cierta. Pero... *¿qué* ha sido, en resumen?

—No parece de este mundo, ¿verdad? —sonrió el científico soviético.

—No, no lo parece... —se quedó mirándole, preocupado—. ¿Qué trata de dar a entender ahora, profesor?

—Nada. Sencillamente lo que dije. Resulta extraño ese ataque. Y más aún la fantástica defensa que nos salvó... —Fedor Udanowsky fue hasta los apagados rescoldos. Contempló en silencio al nativo que se rehacía dificultosamente, ayudado por Watai. Preguntó a éste, seco—: ¿Qué le pasó al centinela, Watai, para no darse cuenta de nada?

—No lo entiendo, profesor. El tampoco lo entiende —explicó

Watai, apurado—. Repentinamente, se sintió aturdido, somnoliento. Quiso luchar contra esa sensación, y no pudo. No sabe más. No recuerda más…

—Un repentino sueño… Inconsciencia. Y los animales atacan… —Udanowsky sacudió la cabeza, perplejo—. Pero eso no tiene tampoco sentido. Y menos aún, que algo lo impida luego…

—Estamos de acuerdo, profesor —resopló Roger, acercándose a él, tras una ojeada meditativa al nativo adormilado—. ¿Tiene una teoría para todo eso?

—Bueno, yo… tengo una teoría para parte de lo ocurrido, pero no para todo —sonrió pensativo el ruso.

—Adelante. ¿Qué teoría es ésa?

—Se reirá usted de ella cuando la conozca, estoy seguro.

—Le prometo no reírme. ¿Cuál es la teoría?

—Una muy sencilla: Estamos más cerca de lo que llegamos a pensar de…, de la «cosa» que yo busco.

—¿La… *qué*? —jadeó perplejo Roger.

—La «cosa», amigo mío…

—¿De otro planeta?

—Sí. De otro planeta…

—¿Qué tiene eso que ver con unos leopardos feroces y hambrientos?

—Quizá nada. Pero sospecho que sí. Esos animales no eran ellos mismos. Actuaban movidos por algo ajeno a ellos. Debían emitir unas emanaciones especiales, que adormilaron al nativo. Luego, atacaron. Su propósito era claro: destruirnos.

—¿Destruirnos? ¿Por qué, profesor?

—Ese «algo» que yo busco… teme ser hallado. Por tanto, prueba mi más firme teoría al respecto: es una forma de vida enemiga nuestra. No desea ser localizada ni hallada. Es inteligente. Y lucha a su modo.

—¿Quiere usted decir… que esa «cosa» puede dominar animales feroces? —dudó Roger, pestañeando con escepticismo…

—Animales feroces… y *personas* —susurró Udanowsky, con tono extraño, fanático, brillantes sus ojos.

—¡Personas!

—Eso dije —afirmó el científico. Excitado, se aproximó a él. Habló con apresuramiento—. ¿No se da cuenta, Roger? Estamos

frente a algo horrible, extraño, desconocido...

—No, no puedo creerlo. Son simples divagaciones, profesor. No hay nada que pueda conseguir algo así...

—Nada de este planeta, Roger. Pero yo sabía, *sabía* desde que estuve en el espacio, que «algo» había caído en la Tierra... justamente en el África Occidental, a la altura de Kenya y Tanganika...

—Pero... ¿cómo pudo saberlo, sospecharlo cuando menos? —se exaltó Roger.

—No lo sospechaba. Lo sabía. A ciencia cierta. Hubo un momento que dudé, cuando le pedí regresar... Ahora, Roger..., ahora le ruego... ¿Podemos seguir adelante, buscar, indagar el paradero de..., de ese «algo» llegado de otro mundo?

—Aun suponiendo que su fantástica teoría fuese cierta, profesor..., ¿no sería un suicidio ir en busca de..., de algo tan poderoso, tan terrible e ignorado para nosotros?

—Es preferible afrontar los peligros, combatirlos, a ignorarlos y dejar que prosperen y se agranden, se agiganten... Todo depende de usted, Roger. De sus porteadores. De su capacidad de resistencia ante el posible riesgo...

—Profesor, le dije algo cuando me pidió usted volver: sólo obedezco órdenes suyas. Usted paga. Aún es éste su *sajan*, sea lo que fuere lo que pretende usted «cazar» en esta expedición. Por mi parte, sólo puedo decirle que aceptaré su decisión final, sin objeciones. Ocurra lo que ocurra.

—Está bien —Udanowsky se frotó los labios, nervioso. Pidió luego—: Por favor... Sigamos. Es preciso hallar «eso» que llegó del cielo... Sea lo que fuere, Roger. Y a todo riesgo. Si llega un momento en que usted teme algo o desea regresar... hágalo. Pero yo seguiré. Naturalmente, en ese momento, si mi sobrina peligrase, regresaría con usted, Roger.

—Veremos lo que se hace en ese instante, profesor —Roger se frotó el mentón, pensativo. Miró de nuevo a los leopardos destrozados. Enarcó las cejas—. ¿Insiste en que «algo» movió a esos animales, poseídos de una fuerza extraterrestre... contra nosotros?

—Sí —afirmó Udanowsky—. Insisto.

—Y en ese caso..., ¿qué o quién evitó el desastre, destrozando semejante fuerza?

Hubo un profundo silencio. El científico ruso sacudió la cabeza, contemplando los cuerpos aterciopelados, sangrantes y sin vida. Se encogió de hombros al fin, con gesto de enorme perplejidad.

—La verdad, Roger… —musitó—: No lo sé. Y me preocupa. Vaya si me preocupa…

Luego, decidido, se metió en su tienda.

Roger Carrel respiró hondo. Cambió una mirada con Ivana. Ella suspiró.

—¿Qué va a hacer? —indagó la muchacha—. ¿Obedecer a mi tío?

—El me paga. Firmé un contrato en Nairobi —silabeó Roger—. Seguiré, sí. ¿Y usted?

—Sólo es usted un mercenario. Un asalariado. Cumple un contrato. Y sigue. Yo soy su sobrina. Sangre de su sangre. ¿Cree que dejaré solo a mi tío…, aunque sea frente a un ser de otro mundo, capaz de volver contra nosotros a toda la fauna africana?

—No —negó despacio Roger—, Sabía que eso es justamente lo que usted diría, señorita…

Y empezó a dar órdenes, para iniciar el viaje. Otra vez rumbo hacia el sudeste. A Mombasa. Y a Tanganika, la actual Tanzania de la revolucionada geografía africana.

Tal vez, si Udanowsky tenía razón, hacia un horror cósmico llegado del exterior del planeta Tierra…

Pero sobre eso, Roger Carrel aún tenía sus dudas. De no haberlas tenido, en realidad, no sabía lo que hubiera sido capaz de hacer. El estaba habituado a luchar contra fieras y contra hombres, contra dificultades del terreno y de los largos viajes a través del continente negro.

Esto de ahora podía ser algo diferente. Muy diferente.

Algo más propio de astronautas… o de locos.

Lo peor es que, pese a sus dudas, no veía explicación razonable alguna para el suceso de aquella noche. Ni para la invasión de felinos feroces…, ni para su destrucción a manos de un adversario terrible e insospechado, de naturaleza desconocida.

—Algo de otro mundo… —musitó entre dientes—. Cielos, ¿será verdad…?

Y casi, casi, sintió por primera vez una impresión que apenas conocía.

El miedo…

El peor miedo de todos. El pánico instintivo a lo desconocido.

.* * *

La luna se hundió lentamente en el horizonte, allá a espaldas de la caravana que se enfrentaba a la luz rojiza y dorada del sol naciente, ya emergiendo en el lado opuesto del cielo intensamente azul.

El y ella cambiaron una mirada.

—Vuelven… —musitó él.

—Sí. Vuelven. ¿Por qué?

—No sé. No les entiendo bien. Buscan algo.

—Quizá su perdición.

—Quizá. Los humanos de este planeta son extraños… Ellos no tratan de evadirse de su propio desastre, sino que… lo buscan.

—Y a sabiendas, parece.

—*Sí,* eso parece. El hombre de más edad, a quien llaman «profesor»… quiere encontrar algo. Algo que sabe peligroso. Y va hacia ello. Ocurra lo que ocurra…

—Pero… ¿qué es ello?

—No lo sé —el Extraño reveló perplejidad—. Aquí sucede algo extraño. Algo que, sin saber por qué, no me resulta desconocido…, pero que no sé lo que ello sea.

—Todo aquí es desconocido para nosotros. Esta noche lo hemos comprobado, ¿no te parece?

—Es posible que sí. Sin embargo, eso que ellos buscan tan insistentemente…, ¿qué es? Llegué a pensar que era a nosotros a quienes intuían, que nos estaban tratando de localizar, de descubrir. Pero no. No somos nosotros.

—Ciertamente. No somos nosotros… ¿Qué es lo que les atrae, lo que maneja todo esto, lo que ha movido a esas fieras de anoche, lo que ese profesor presiente que está en alguna parte?

—El lo llama… «la cosa extraterrestre»… —le recordó ella.

—Exacto. Extraterrestre!.. —la mirada de él recorrió el cielo infinito, las remotas distancias de las que ellos habían llegado sigilosa, callada, secretamente, para mezclarse entre los hombres, para vivir junto a ellos—. Pero lo extraterrestre es mucho y muy amplio… Nosotros mismos llegamos de…, de allá. Es un remoto confín en esas distancias inconmensurables para ellos. Pero,

evidentemente..., no estamos solos aquí. «Algo» más ha llegado de otro lugar de las galaxias.

—Y ese algo...

—Es la pregunta que me estoy haciendo. Ese «algo»..., ¿qué puede ser?

Hubo un silencio. Ella forzaba su imaginación. Parecía que sin resultado práctico alguno.

—No logro descubrirlo... —dijo al fin.

—Yo tampoco —corroboró él, preocupado—. Pero si estuviera en lugar de ellos, sé lo que haría en estos momentos.

—¿Y sería...?

—No ir. Bajo ningún pretexto, ¿entiendes? No ir hacia ello. No sé por qué... presiento que es como ir hacia un desastre...

CAPITULO V

IVANA miró atrás, preocupada. No era la primera vez que lo hacía.

—¿Preocupada?

Ella se sobresaltó ligeramente. Miró al que le hacía la pregunta. Se apresuró a responder:

—Oh, no, no... ¿Por qué lo pregunta, Roger?

—No sé —sacudió la cabeza el guía británico de safaris en Kenya—. Varias veces me ha parecido verla mirar... hacia atrás. Como si le inquietara algo.

—Bueno, la verdad... No sé si es aprensión, pero tengo la sensación de que alguien me mirase, de que me vigilan...

—¿Usted también?

—¿Qué? —ella pestañeó, clavando sus ojos en él—. ¿Cómo dijo?

—Le pregunté si usted también había advertido esa rara sensación —musitó Roger Carrel. Frunció el ceño al añadir, pensativo—: Yo la he experimentado varias veces, Ivana.

—¿Es posible? —ella reveló su sorpresa—. Pensé que se burlaría de mí cuando se lo dijese, Roger.

—No, no me burlo. Había llegado a pensar que la imaginación me hacía jugarretas últimamente, a causa del raro ataque de los felinos anoche. Pero veo que no soy yo solo. Usted también nota algo anormal, corno si fuéramos vigilados...

—¿Cree que lo somos, realmente? —dudó ella.

—No sé... —Roger se encogió de hombros. Su ojeada abarcó la sabana, los agrupamientos de vegetación, los árboles dispersos en el llano—. Lógicamente, no debería ser así. En estos lugares no acostumbra a haber más vida que la puramente animal. Pero la impresión que me da todo esto, dista mucho de relacionarse con la curiosidad de los animales cuando ven pasar un safari.

—¿Es... algo humano?

—Evidentemente, sí —confirmó Roger—. Y eso me preocupa.

—¿Hay algo que temer de los seres humanos, en este viaje? —Ivana reveló inquietud—. ¿Acaso... nativos peligrosos?

—No, no es eso. En este viaje solamente encontraremos, razonablemente, pastores nómadas y tribus de arrogantes masai. Acaso algún watusi, ya más al Sur... Eso es todo. Tanto los pastores masai como los altos y solemnes watusi, no son de temer en absoluto.

—Entonces, ¿por qué se preocupa?

—Por eso mismo, Ivana. Porque no temo nada de los naturales de estas regiones, entre Nairobi y Mombasa, e incluso entre Kenya y Tanzania. No son probables dificultades con los africanos.

—¿Con quién, entonces?

—Con gente de nuestra raza. Con desaprensivos como Derek Oxman, por ejemplo.

—¿Derek Oxman? —la sobrina del científico ruso reveló curiosidad—. ¿Quién es?

—Un colega. Explorador, guía de safaris y expediciones de caza o de simple interés turístico. El reside en Mombasa, no en Nairobi. Y a diferencia mía, lo acepta todo.

—¿Todo?

—Todo cuanto pueda reportar dinero. Si es ilegal, mejor. Porque eso da más dinero. Desde traficar en marfil, pongamos por caso, hasta mezclarse en contrabando de cualquier cosa. Esa clase de tipo es Oxman. No le va mal, porque carece de escrúpulos. Acostumbra a ir con dos esbirros tan peligrosos y desaprensivos como él: un nativo llamado Lothar, y un inglés a quien la ley de mi país gustaría de tener a buen recaudo: Vic Cooley.

—No me gustaría encontrarme con esa clase de gente. ¿Teme usted algo de ellos?

—Temo todo lo peor. Especialmente, si coinciden con nosotros por alguna razón. Han llegado a trabajar para un científico medio loco, que administraba drogas alucinógenas a los animales salvajes de África, para estudiar sus reacciones. Algo monstruoso, que causó algunas víctimas.

—Eso es horrible...

—Lo es. Pero aunque el investigador recibió todo el peso de la

ley africana, Oxman y su pareja de esbirros lograron salir bien librados, demostrando a las autoridades keniatas que ellos ignoraban por completo la clase de experimento a realizar. Naturalmente, mentían. Sólo que pudieron librarse de cargos. Y siguen impunemente su vida falta de escrúpulos, a sueldo de cualquiera que necesite gentuza de su especie.

—Le comprendo, Roger —la jovencita rusa le miró, intrigada—. Usted, por el contrario, tiene su propio código del honor...

—Sin honor, Ivana, no se puede ir a ninguna parte. Ni en África ni en sitio alguno del mundo. Por desgracia, el hombre va perdiendo cada vez más esa condición, pervertido por la facilidad en ganar dinero... Quizá por eso no me guste moverme de África. Ni me guste tampoco que la gente desaprensiva venga al África a aprovecharse de su condición. Con todos sus actuales problemas políticos, raciales y de todo tipo, este continente tiene algo hermoso y virginal, algo ingenuo y limpio, que no me gustaría ver ensuciado alguna vez por culpa de la gente de nuestra propia raza.

—Tal vez sueña imposibles.

—Tal vez —suspiró él—. Me gusta ser soñador. Por eso me quedo en África, cuando podría estar ya en otros lugares, lejos de aquí, ganándome la vida de un modo menos difícil y arriesgado.

—¿Piensa seguir aquí muchos años todavía, Roger? —se interesó ella.

—Mientras África me dé todo lo que necesito, si.

—¿Qué necesita, exactamente?

—Paz, confianza en mí mismo, fe en los demás, amor a lo que me rodea..,

—Amor... Ni siquiera tiene esposa, hijos, familia de alguna clase en Nairobi..,

—No hablaba de ese amor, sino del que la Naturaleza misma proporciona al hombre. Algo ya olvidado por todos en estos tiempos de tecnología, de prisas, de tensión constante por todo. Cuando en las grandes urbes, el hombre muere víctima de sí mismo, dejando que enferme su corazón, sus nervios, sus pulmones, su cerebro...

Siguieron adelante en silencio durante un trecho. Los vehículos todo terreno se movían rápidamente en la sabana, entre las salpicaduras perezosas de las acacias, y algún que otro animal salvaje que, rápidamente, emprendía su graciosa carrera para

alejarse del ruido de los motores.

—Usted habló antes de..., de animales enloquecidos por experimentos con drogas y alucinógenos... —comen tó Ivana, tras un silencio prolongado—. ¿Cree..., cree que lo de anoche pudo ser consecuencia de algo parecido?

—No lo sé. Para ello hubiera sido preciso que analizasen los restos de animales en el Departamento de Sanidad de Nairobi, pero... lo que es evidente es que «algo» anormal les sucedía. Creo que aquellos animales ni siquiera tenían hambre cuando atacaron al profesor. Y eso, en buena lógica, no tiene sentido.

—¿No es factible que los animales salvajes se salten alguna vez la lógica alegremente, siquiera sea por puro instinto?

—Precisamente, la Naturaleza es siempre un ciclo lógico e inmutable. Los animales lo obedecen de modo ciego, intuitivo. No, no es factible lo que usted sugirió, Ivana. Algo fuera de lo corriente enloqueció a esos animales, hasta el punto de convertirles en feroces enemigos, en agresores sin motivo,., Algo que el animal de África rara vez hace...

—Casi me asusta usted —musitó Ivana, bajando los ojos con preocupación.

—¿Asustarla? No quisiera hacerlo —Roger Carrel sacudió la cabeza—. Pero si he.de serle sincero..., yo estoy asustado desde anoche. Y ni siquiera sé por qué...

Allá, ante ellos, en alguna parte de la sabana, restalló la seca, agria detonación de un arma de fuego, de un potente rifle. Se oyó un prolongado, extraño aullido de dolor animal.

Rápido, Roger tomó su propio rifle de precisión y potencia, dotado de mira telescópica, y maniobró, con la vista fija ante sí, empuñando el arma con una mano, la vista fija en el monótono paisaje.

Atrás, el profesor Udanowsky se incorporó, saliendo de su apacible somnolencia. Los nativos, en el otro *jeep*, hablaron entre sí, excitadamente. Watai cambió una mirada rápida con su jefe blanco.

—¿Qué ha sido eso, Roger? —quiso saber abruptamente el científico ruso.

—No lo sé, profesor —replicó él—. He oído lo mismo que usted. Un disparo de rifle, el aullido de un animal herido... y a poca distancia de nosotros.

—¿Cree que sea... cosa de Derek Oxman? —aventuró Ivana, con los ojos muy abiertos.

—No me sorprendería en absoluto —confesó Roger, mordiéndose el labio inferior.

Y aceleró la marcha de su *jeep*, en dirección al lugar donde una bandada de aves exóticas alzaba el vuelo sobre las copas planas de las acacias, emitiendo chillidos agudos de alarma.

* * *

El león estaba muerto.

Abatido junto al cachorrillo que gemía, asustado. La bala le había atravesado la cabeza.

Algo más allá, una leona corría a ocultarse en la jungla, emitiendo un largo ronquido inquietante, de odio y de violencia latente.

Roger Carrel clavó sus ojos en los hombres erguidos ante el animal sin vida. Sus palabras brotaron entre los labios crispados, casi rabiosamente:

—Oxman... Tú tenías que ser...

—Hola, Roger —saludó jovialmente la voz del otro. Pero aun así, denotaba cierta preocupación, tras su tono alegre, algo cínico, y la sonrisa amplia, en el rostro largo, caballuno, enjuto, de cabellos muy rojos, erizadas cejas color panocha, y largos bigotes de guías caídas, formando como un paréntesis en torno a la boca grande y adusta—. ¿Te asustó esto?

—Me inquietó —la mirada fría del hombre de Nairobi se clavó en el león abatido—. ¿Por qué hiciste eso, Oxman?

—Diablo, el león me atacó. ¿Qué esperabas? ¿Que me dejase devorar impunemente?

—¿Te atacó? —dudó Roger fríamente, dirigiendo ahora los ojos al antílope muerto, virtualmente devorado y sangrante, allá entre los matorrales—. Extraño, Oxman... Debían estar muy satisfechos él y la leona, con ese festín, para pensar en atacar a nadie...

—Es lo que dije yo —convino secamente Oxman, desafiándole con la mirada. Se apoyó en el humeante rifle recién disparado. Giró la cabeza, hacia el gigantesco negro y el enjuto explorador rubio albino que tenía tras de sí—. ¿No ocurrieron así las cosas, muchachos?

—Cierto —admitió el rubio Cooley, contemplando burlón y

desafiante a su compatriota Carrel—. Será todo lo raro que quieras, Roger, pero así pasó. Yo estoy tan sorprendido como tú. Los leones no atacan estando hartos.

—Ni deben ser atacados sin existir peligro en su presencia —les recordó Roger—. Es la ley en Kenya, Oxman. Si te ve la patrulla, podrías perder tu licencia de guía.

—Que el diablo se lleve a la ley y a la patrulla —refunfuñó el hombre caballuno, con disgusto—. Juraré mil veces, si es preciso, lo que ha ocurrido. En buena lógica, el león estaba harto de carne. Pero rugió al vernos, saltó para atacarme... y tuve que disparar. Estoy dispuesto a repetir la historia ante cien tribunales, si hace falta, No me atrae andar capturando pieles de león, Roger.

—¿Qué té atrae, entonces? Es una piel costosa. Da buenos dividendos —Roger Carrel arrugó el ceño—. En otro caso, ¿qué andas haciendo por aquí ahora?

—Oh, trabajo, simplemente.

—¿Trabajas? ¿En qué? —dudó Roger.

—Como tú. Tengo un cliente. Le sirvo. Es lo habitual, ¿no?

—¿Dónde está tu cliente? —Roger escudriñó en torno, intrigado, sin ver a nadie.

—Bueno, eso es lo que yo quisiera saber también, maldita sea — se irritó Oxman—. El tipo ha desaparecido.

—¿Desaparecido? —Roger enarcó las cejas, escéptico, desconfiado, sin desviar sus ojos penetrantes del rostro de su desaprensivo colega—. ¿Y tú trabajas para él? Mal cuidaste de su seguridad, en tal caso. ¿0 es un tipo que lleva mucho dinero encima... y le ha ocurrido algún desgraciado «accidente»?

—Algún día, Roger, podré arrancarte la piel a tiras por tus sucias insinuaciones —se enfureció Oxman—. Bien sabes que yo no actúo así, maldita sea. Sencillamente, mi cliente se evaporó. Ando tras él, por si le ha ocurrido algo. Lothar y Cooley pueden confirmarte eso.

—Es la verdad, Carrel —afirmó el negro.

—Estamos buscando al señor Calvados —confirmó Cooley, el albino.

—Calvados... ¿Portugués, acaso? —estudió a los tres exploradores, con desconfianza.

—Brasileño —se apresuró a explicar Oxman—. Nos contrató en Mombasa, para ir hasta Nairobi inicialmente, y luego en dirección a

Kampala y Sudán.

—Un largo viaje tierra adentro y por el lago Victoria —ponderó Roger—. ¿Busca acaso filmar una película documental de África?

—Es un viaje de placer y deportivo. Un *railly*, o poco menos. Viene desde Sudáfrica, donde tiene intereses mineros y cosas así. Pero no lleva encima nada de valor. Cheques de viajero, cuentas corrientes en los Bancos africanos, y cosas así. No hay nada oscuro en el asunto, aunque desconfíes de nosotros. Me porto honestamente con Calvados, Roger, por mal que ello te pueda sentar. Y es un buen cliente. En Sudán me pagará, una vez lleguemos a Kartum, la segunda y mayor parte por este servicio. A nadie le interesa deshacerse de la gallina de los huevos de oro, amigo.

—Tal vez tengas razón, pero no me fío de ti —refunfuñó Roger —. Y menos aún de tus esbirros. Para ellos, la palabra de Derek Oxman es «la voz de su amo», simplemente. Pero no soy quién para meterme en tus asuntos, mientras no seas tú quien se mete en los míos. Buen viaje, y que tengas suerte. Pero procura no ir matando leones por ahí. La fauna salvaje no abunda ya en nuestros tiempos, ni está autorizada su caza sin control.

—Vete al diablo —se irritó Oxman. Contempló al cachorrillo que gimoteaba, pegado al cuerpo del león muerto—. Ni siquiera tenemos interés en desollar al león. Que otro lo haga, si quiere. Mi cliente, Calvados, hace varias horas que salió en solitario, y no me gusta que siga sin aparecer. Sobre todo, actuando tan extrañamente los animales feroces... De modo que adiós, Roger Carrel. Y que las cosas te vayan bien en tu expedición.

Echó una fría ojeada al profesor, y otra bastante menos fría a los pantalones cortos de Ivana y a sus bonitas piernas de muchacha adolescente, bien formada y esbelta. La sobrina de Udanowsky enrojeció, y Roger sintió deseos de borrar del rostro de su colega aquella expresión lasciva que tan bien conocía.

Sin responder a la salutación, Roger puso de nuevo en marcha el vehículo. También su fiel Watai, y los dos *jeeps* se alejaron entre una polvareda, mientras Oxman y sus dos compinches, igualmente, subían a su vehículo, para seguir adelante, sin tocar al león muerto ni a su cría superviviente.

Ivana miró atrás, dolorida. Su comentario lo esperaba ya Roger:

—Pobre cachorrillo... —musitó—. ¿Por qué no lo recogió usted o ese hombre?

—Porque ninguno queremos llevar tras de nosotros a una leona enfurecida, que busca a su cría —respondió—. Un animal despojado de su cachorro es el peor enemigo imaginable, por muchas millas que uno recorra sobre ruedas. No, Oxman hizo en ese caso lo adecuado. Es demasiado listo para hacer otra cosa.

Rodaron unas millas en silencio. El profesor Udanowsky se inclinó, preocupado, hacia su guía.

—¿Cree que es cierta la historia del león? —preguntó.

—No sé... En circunstancias normales, no le creería a Oxman una palabra. Pero después de lo de anoche, con esos leopardos... hay motivos para la duda. Un león bien alimentado, rara vez ataca, y menos a profesionales del safari y de la exploración africana. Eso es lo que no entiendo.

—Se repite el fenómeno, Roger —sentenció sordamente Udanowsky.

—Sí, eso parece —se volvió un momento, mirando a su cliente, mientras el *jeep* avanzaba en línea recta sabana adelante—. ¿Qué opina de todo esto, profesor?

—Que algo está sucediendo —resopló el soviético—. Algo anormal, Roger.

—¿Anormal? ¿En qué sentido?

—El ente extraterrestre, Roger. Sea ello lo que sea... ejerce influencia sobre los animales salvajes. Los altera. Acaso altera también todo el orden establecido, no sé...

—¿Existe algo capaz de conseguir una cosa así? —dudó Carrel, arrugando el ceño.

—En la Tierra, posiblemente no —Udanowsky señaló al cielo, sobre su cabeza—. Pero allá arriba..., ¿quién puede saberlo, amigo mío?

—Allá arriba... —resopló Carrel, preocupado. Meneó la cabeza —. Usted y su obsesión cósmica, profesor... Si realmente hay «algo» capaz de alterar la vida habitual de África y sus leyes naturales..., será cosa de echarse a temblar. Y de huir de ello lo antes posible, en vez de ir en su busca...

—¿Tiene miedo, Roger?

—Sí, profesor. Se lo decía hace poco a su sobrina. Creo que, por

vez primera en mi vida, algo me asusta... No es África, ni sus fieras, ni sus peligros, sino algo que no entiendo. Y no hay nada que asuste tanto a un hombre como aquello que no entiende...

Udanowsky no respondió. Pero había un brillo peculiar en el fondo de sus pupilas, fijas y alucinadas.

CAPITULO VI

ESTABA oscureciendo de nuevo.

Roger consultó sus mapas, a la luz de la lámpara de gas, en la tienda de lona. Sacudió la cabeza.

—Mañana estaremos en Mombasa —dijo—. ¿Y luego...?

Fedor Udanowsky se encogió de hombros, pensativo. La luz de gas daba a su rostro enjuto e inteligente un tinte azulado, fantasmal. Los ojos eran dos ascuas, tras las gafas que se había puesto, para estudiar enigmáticas anotaciones suyas, en caracteres cirílicos, manuscritas en un cuaderno de tapas de hule negro.

—Luego, ¿quién lo sabe? —musitó el soviético—. Debo estudiar mis datos, reflexionar esta noche sobre ello. Mañana, en Mombasa, le daré instrucciones concretas.

—Muy bien —Roger hizo unas anotaciones con rotulador rojo y verde en el amplio mapa de la región que llevaba consigo. Lo plegó después. Hizo girar el dial del aparato de radio a transistores, y escucho música suave, en un programa ligero emitido desde Mombasa.

Ivana canturreó, mientras preparaba la cena, allá afuera, junto a Watai y los porteadores negros de la expedición. En la distancia, aullaban los animales salvajes. Roger arrugó el ceño. Udanowsky no le perdía de vista. Llenó una pipa de buen tabaco holandés el cien tífico moscovita, y aventuró una pregunta que era, casi, una afirmación:

—¿Piensa en algo especial, amigo mío?

Roger asintió, saliendo de su abstracción. El aroma a café y a alimentos guisados entró apetitoso en la tienda.

—Sí —dijo—. Pienso en muchas cosas especiales.

—¿Por ejemplo...?

—Esos aullidos. Son animales salvajes. Felinos, en su mayoría. Hay también otros.

—¿Le sorprende que aúllen?

—Me sorprende. No es normal.

—Vaya… —observó el ruso, con ironía—. Parece que las cosas están dejando de ser normales, Roger.

—Ya lo dije antes. Ocurre algo especial. Usted debe saber lo que es.

—Se lo indiqué durante el viaje, este mismo día. Nos acercamos.

—¿A su «cosa» extraterrestre? —dudó Carrel, escéptico.

—Sí.

Hubo un silencio. Roger se removió inquieto. Estudió las tapas de hule negro, reflejando destellos azules de la lámpara de gas. Rechazó tabaco de pipa de su cliente, y eligió un cigarrillo suyo.

—Me gustaría saber lo que usted apunta en ese libro, profesor —dijo—. Y lo que piensa sobre todas estas cosas. No es agradable caminar a ciegas.

—Sabemos casi lo mismo usted y yo, Roger. ¿Quién sabe nada sobre lo que hay fuera de este planeta?

—Usted puede saberlo mejor que yo. Estuvo *fuera* del planeta…

—Bah —rechazó el científico—. Un vuelo espacial en torno a la Tierra, un viaje a la Luna… Hoy día, todo eso es rutinario. Mecánico, diría yo. No se aprende ni se ve nada allá arriba, créame. Es la mente, el instinto, el que puede intuir algo. Incluso *verlo*…

—Pero… ¿ver qué? —se exasperó Roger.

—Otras formas de vida, amigo mío —habló con serenidad el ruso.

—¿Marcianos verdes y escamosos? —se burló Roger—. Es de lo único que oí hablar siempre.

—Por desgracia, la realidad cósmica no puede ser tan simple ni tan ingenua. Hay… cosas que nuestra filosofía no puede entender. Shakespeare ya puso en labios de un personaje suyo una frase así hace muchos siglos…[1]. Y no le faltaba razón. No sólo la filosofía, sino la propia ciencia actual… es más lo que ignora que lo que conoce.

—Usted es un científico. Y parece saber mucho, sobre algo que nadie conoce ni imagina.

—Yo apenas sé nada. Descubrí algo, estando fuera de la Tierra.

Me asusté yo mismo. Me dije que no era posible, que mi mente me engañaba… Desgraciada o afortunadamente, amigo mío, no había error. Está confirmándose todo, paso a paso. Nos aproximamos a…, a «ello».

—«Ello»… «Algo»… La «Cosa»… —suspiró Carrel—. Todo muy expresivo, muy concreto, profesor.

—No puede haber nada concreto ni expresivo en este No hasta que… lo veamos.

—¿Verlo? —sin saber por qué, Roger tuvo un escalo frío. Sintió que se erizaban los cabellos de su nuca Aplastó el cigarrillo en el cenicero de metal—. Ver.. ¿la «cosa»?

—¿Por qué no? Si la encontramos, será la gran ocasión de saber cómo es y…

Se interrumpió. El programa musical había cesado, Una voz se expresaba en fluido inglés, a través del aparato transistorizado:

—«Aquí Mombasa, en su emisora especial de onda corta para la región. Emitimos nuestro programa habitual de noticias locales, y seguirán datos y referencias cotidianas para viajeros y expediciones por territorios del sur de Kenya… Según noticias llegadas a esta ciudad durante el día de hoy, existen muchas posibilidades de que el hombre evadido de Sudáfrica, el ladrón de diamantes Tony Cravatt, que usa diversos nombres e identidades supuestos, y domina correctamente los idiomas inglés, francés, italiano, alemán y portugués, esté cruzando Kenya en alguna forma, para alcanzar Sudán, donde se sospecha por la policía que hay miembros de su organización delictiva, esperándole para ponerle definitivamente a salvo, lejos del alcance de la justicia… La suma robada por Tony Cravatt en las minas diamantíferas de Kimberley, Unión Sudafricana", se calcula que sea, valorando los diamantes en su tasa legal en los mercados internacionales, de unos dos millones de libras esterlinas, aproximadamente… La policía de Kenya y de Tanzania, así como la Interpol, realizan activas gestiones para localizar al hombre que, tras asesinar a dos miembros de la Sociedad de Minas Diamantíferas de Kimberley, y a un agente del Gobierno de Ciudad del Cabo, se llevó consigo esa fortuna en piedras preciosas… Seguiremos informando en próximos boletines. A continuación, damos la descripción más completa posible sobre el hombre llamado Tony Cravatt, altamente peligroso…»

Siguió una descripción minuciosa sobre un hombre alto, de edad mediana, moreno y elegante, de modales afables y correctos. El locutor hizo hincapié en los idiomas que dominaba a la perfección el evadido de Sudáfrica.

Udanowsky escuchaba, con una curiosidad distante. Roger, por el contrario, se inclinaba sobre la radio, con ojos centelleantes de excitación.

—Calvados... —susurró—. ¡El brasileño Calvados...! —¿Qué hay con él? —se interesó el ruso. —El cliente de Oxman... ¿Ha oído a ese locutor? Tony Cravatt domina la lengua portuguesa. Puede que Calvados y él sean una misma persona. Su destino es Sudán. Podría hacer el viaje por tren, por avión... y elige el interior, como si se tratara de un safari... Es posible que sea ese ladrón y asesino, profesor...

—Sí, es muy posible —convino Udanowsky—. Pero todo eso es secundario para mí, Roger. Sobre todo, ahora. Me siento en tensión. Más excitado que nunca. Es posible que estemos en el umbral mismo del mayor descubrimiento de todos los tiempos: ¡el primer cuerpo extraterrestre, vivo e inteligente, llegado a nuestro planeta!

—Vivo... e inteligente. ¿Ha dicho eso, profesor? —la repentina excitación por las noticias de la radio cedió de nuevo, para dar paso a su sobresalto ante las peregrinas, extrañas teorías del científico.

—Sí, eso dije.

—Puede que se trate, realmente, de una forma de vida orgánica. No hay nada que rechace la posibilidad de células vivientes en otros mundos. Y que una, de algún modo, llegue a nuestro mundo. Pero de eso a concederle inteligencia..., ¿no es ir ya demasiado lejos?

Antes de que Udanowsky respondiera, asomó Ivana en la tienda, alzando la lona de la entrada.

—La cena está a punto —avisó, risueña—. Si no quieren que se enfríe, apresúrense...

Ambos hombres se miraron, incorporándose. Salieron de la tienda.

La noche era apacible y cálida. Los grillos emitían su sinfonía en los arbustos. Muy lejos, aullaban animales salvajes, con una nota tensa de inquietud, de rara excitación.

Roger no podía dejar de pensar, mientras se iniciaba la cena para todo el personal de la expedición:

«Inteligente... Es aventurar demasiado... Dios quiera que no sea así. A fin de cuentas, una forma de vida con inteligencia podría ser amiga... o enemiga. Y en este último caso, ¿qué sería capaz de hacernos a nosotros, los humanos, si ha empezado a convertir en agresivos y feroces a los animales, incluso cuando no tienen hambre?»

Encima de ellos, el cielo nocturno africano era una constelación formada por millones de astros, limpiamente parpadeantes. La luna no tardaría en emerger, algo más redonda y llena, allá por el horizonte llano, tras las ondulaciones de las cercanas lomas, tras las que les esperaba Mombasa, la ciudad costera de Kenya...

—¿Oíste eso? Habló de..., de inteligencia.

—Sí. Al explorador no le gustó la idea.

—¿Roger Carrel? —él sonrió a su modo—. Comprendo que no le guste demasiado. No está habituado a semejante posibilidad...

—Sin embargo, tienen casi a su lado, rozándoles, a dos seres vivos e inteligentes —rió ella—. Nosotros...

—Es diferente. Somos como ellos.

—¿Como ellos? ¿Iguales? —dudó ella—. ¿Estás seguro de eso?

—Bueno..., casi iguales —aceptó él—. Por lo que llevo observado, existe una sola diferencia entre nosotros dos y los terrestres.

—Y bastante notable...

—Digamos que sí es importante. Pero no siempre será así...

—Cuando llegue la noche, me temo que siempre sea así. No, no podremos convivir con esa sociedad. Habrá que buscar otro planeta, compréndelo. No sería, justo aterrorizarles... con nuestra particularidad biológica...

—Evidentemente, no van a aceptarnos como a simples extranjeros. No somos exactos a ellos.

—¿Qué podremos hacer, entonces? —se lamentó ella.

—Tú lo has dicho: buscar otro mundo semejante.

—Lástima... Me gustaba este.

—Y a mí. Pero no podemos tomar decisiones personales. No estaría bien, dadas las circunstancias, querida. Tendremos que resignarnos... y partir.

—¿Será posible esta vez? —dudó ella—. Allí teníamos nuestros medios, nuestro proyector de materia... Ahora solamente

dependemos de nosotros.

—Nuestra propia energía puede servirnos. Pero será quemar la última posibilidad. Una vez en otro planeta, no habrá medio de..., de intentarlo de nuevo. La segunda vez, no podemos fallar.

—Ese hombre, el «profesor»... Parece inteligente —dijo ella de pronto, desviando el curso de sus pensamientos.

—Sí. Muy inteligente. Sabe que hay «algo» por aquí cerca, aunque no sepa lo que es. Y lo está buscando, no sé con qué objeto... ¿Por qué hablaste de ello?

—Se me estaba ocurriendo algo...

¿Qué?

—Acaso sea una locura, pero... ¿no sería más razonable intentar algo antes de..., de partir definitivamente?

—¿Qué quieres decir? —se extrañó él.

—Pues... hablar con el profesor.

—¡Hablar con el profesor! —él reveló su asombro—. ¿Es que te has vuelto loca?

—Sabía que dirías eso. Sin embargo, no deja de tener su sentido. Después, ya nada será igual. Habremos dado el paso decisivo. El último. Valdría la pena apurar antes posibilidades.

—Hablar con..., con el profesor —él hizo un gesto de asombro —. Cielos, qué disparate...

—¿Por qué? —rechazó ella. Entornó sus ojos felinos, suaves y aterciopelados—. También él, el más joven... parece inteligente. Quizá nos entendería...

—¿Roger Carrel? No, él no, Es un explorador, un guía, no un científico. No puede concebir ciertas cosas... ¿Por qué hablaste de él?

—Oh, por nada... —eludió ella, pensativa—. Era sólo una sugerencia más.

—No me gustó. Todavía, lo del profesor... Pero aun así, ¿qué podríamos decirle?

—La verdad.

—¡La verdad! ¿Quién la aceptaría?

—El. Igual que acepta la existencia de una «cosa» extraterrestre...

—No es lo mismo. Busca algo, una célula, un organismo cualquiera. Ver ante sí a dos humanos que le aseguren en su propia

lengua ser procedentes de un remoto planeta..., sería demasiado fuerte. Nos tomaría por dementes. .

—Podríamos demostrarle que no somos dementes —rió ella—. Dentro de poco...

El dirigió una mirada al cielo intensamente estrellado. Pareció estremecerse.

—Cielos, no.., ˆmusitó—. Eso no. No estaría nada bien.,, Además, no sabemos cómo reaccionarían. Posiblemente... nos mataran.

—De todos modos, no creo que fuese preciso ir tan lejos. El profesor es un hombre sensitivo, inteligente, imaginativo. Estuvo ya fuera de este planeta...

—Bah, ya oíste. En su satélite, en el espacio exterior. No muy lejos de este mundo. No es igual hablar de unos millones de millas... que de millones de años luz,.. Nunca creería la verdad de nuestra historia.

—¿Por qué no? La evasión... La huida de un mundo en plena destrucción, de una civilización de terror y de monstruosidades biológicas inimaginables para ellos, de una superciencia fría y aterradora... Puede ser una lección para ellos, aunque estén aún muy lejos de ese grado de civilización, por suerte para su modo de vivir y de ser. Una lección, sobre todo, para ese hombre que todo lo centra en su ciencia y sus conocimientos...

—No sé... —él hizo un rápido cálculo—. Puede que dispongamos de..., de un par de horas de su concepto del tiempo. No más. Podríamos intentarlo, dejar de deambular escondidos, entre matorrales, peñascos, accidentes del terreno... Afortunadamente, sabemos ser totalmente silenciosos cuando lo deseamos, pero también ansío establecer contacto, relacionarme con gente inteligente' y sensible... Sólo me pregunto si..., si no será esto un perfecto desastre para todos...

—¿Un desastre? —ella negó—. No. ¿Por qué había de serlo? Vale la pena probar. Por ellos... y por nosotros.

—Conforme —suspiró él—. Vamos a intentarlo. Dominamos ya bastante bien su lenguaje, gracias a nuestra adaptación mental. Espero que sea suficiente. De nosotros depende que el profesor nos crea... De nuestra fuerza de persuasión, ¿entiendes?

—El profesor... y el explorador Carrel, no lo olvides. El es el

auténtico jefe de la expedición, el hombre que toma las decisiones —le recordó ella.

—Carrel... Yo estaba pensando también en la muchacha...

—¿Ivana? —rió ella—. Olvídala. No puedes enamorarte de una chica de este planeta...

—¿Quién habló de..., de amor? Era un concepto prohibido en nuestro mundo.

—Lo prohibido no significa que esté muerto. Al contrario: todo ser inteligente desea con mayor fervor aquello que le está vedado —musitó ella, pensativa.

—¿Lo dices... por el explorador Carrel? —bromeó él fríamente.

Se miraron ambos. Sus ojos revelaron inteligencia, mutua comprensión.

—Carrel es un hombre hermoso, para mi concepto del atractivo de un ser humano —replicó ella—. Estoy ansiosa de volver a sentir, de amar de nuevo, lejos del dogal de terror de nuestro planeta... Pero aún tengo cerebro. Y serenidad. Aún sé que no puedo amar a un hombre de este planeta.

—Conforme —suspiró él—. Recordémoslo ambos..., ocurra lo que ocurra. Y recordemos también que sólo disponemos de dos horas para ser visibles a esa gente. Luego, tendremos que ausentarnos, ocurra lo que ocurra...

—Entendido. Así se hará. ¿Vamos ya?

—Vamos... y que todo salga bien.

—Saldrá. Creerán en nosotros —ella tocó su cuerpo, sus extrañas ropas luminiscentes a la claridad de las estrellas—. Nuestra propia indumentaria, nuestras facultades... les harán comprender que somos diferentes, aunque parezcamos iguales a ellos...

Se dispusieron a salir de su escondite, junto al campamento de la expedición, en la sabana africana.

Repentinamente, ella detuvo el impulso de él. Le señaló, con alarma y excitación, el claro donde se extendía el campamento.

—¡Espera! —susurró ella—. Mira eso... Está..., ¡está sucediendo algo horrible...!

El no respondió. Sus ojos no se movían de aquello que empezaba a suceder a los expedicionarios dedicados ahora al descanso, tras su frugal cena al aire libre...

Ella tenía razón.

Era, realmente, algo espantoso lo que estaba ocurriendo ante sus ojos.

SEGUNDA PARTE

LA "COSA"

CAPITULO VII

NUNCA estuvo seguro de lo que le hizo despertar bruscamente, con sobresalto.

Lo cierto es que despertó.

Y se enfrentó al horror. Con incredulidad. Con pasmo. Con auténtico asombro, sin dar crédito a lo que sus ojos estaban captando allí mismo, ante él, a la puerta de su tienda...

—No, Dios mío... —susurró, lívido, estremecido—. Eso..., ¡eso no es posible...!

Pero estaba sucediendo. Aunque no fuese posible, ni siquiera tuviera una mínima y remota explicación, estaba pasando allí, ante sus propios ojos maravillados y aterrorizados.

Roger Carrel se incorporó de un salto de su litera. Corrió a por el rifle de mira telescópica, aunque sabía que iba a resultar perfectamente inútil frente a semejante horror viviente.

No obstante, su instinto era lo que le guiaba. Al mismo tiempo, le hizo presionar el gatillo del arma, hacer un disparo al aire, que cuando menos serviría para que todos despertaran y vieran por sus propios ojos el delirante peligro que emergía ante ellos, como por obra de una terrible magia negra, sin precedentes incluso en el interior mismo de África, de donde era originaria.

El estruendo de su disparo arrancó ecos profundos en la noche. Allá, en la distancia, los aullidos de las fieras eran lastimeros, como presintiendo algo terrible, algo como lo que estaba sucediendo allí, ante sus ojos desorbitados por el pavor...

Luego, el grito espeluznante de Ivana, la muchacha enfrentada de súbito al horror viviente, se mezcló con un alarido ronco de su tío, el profesor Fedor Udanowsky, del Centro de Investigaciones Espaciales de Moscú:

—No... Esto no puede ocurrir...! —sonó la voz del sabio—. Dios mío, Ivana, criatura, no mires..., no te muevas... ¡Carrel, Carrel! ¿Qué podemos hacer?

—No sé —jadeó Roger, demudado, alzando su rifle—. No sé... Creo que sólo morir... aplastados por..., por todo eso...

Luego, aunque sabía que era inútil, comenzó a vaciar el nutrido cargador de su poderoso rifle de caza mayor, apuntando certeramente a todos y cada uno de los gigantescos cuerpos rojos y brillantes de sus enemigos.

Reventó muchas de aquellas formas gigantescas, de piel tirante y endurecida como la costra de un crustáceo...

Pero no pudo evitar que las hormigas, las hormigas rojas, carniceras, el más diminuto y terrible animal de toda la fauna africana, fuesen invadiendo su tienda.

Sólo que aquellas hormigas noctámbulas, agresoras siempre en la noche, por aborrecer la luz del sol (1), no eran ahora diminutas e insignificantes formas de insectos feroces. Su tamaño era gigantesco.

(*1) Rigurosamente cierto. LA hormiga carnicera africana es uno de los animales más feroces del Continente, aunque también el más pequeño. Sólo come carne y viaja en pos de ella. Se desplazan en auténticos ejércitos, formando columnas de a cinco o seis en fondo, y cuando surgen lo arrasan todo. Nada las detiene. La fuga es lo único aconsejable ante su ataque inexorable, en masas de millones y millones.*

Cada una de aquellas ávidas, implacables devoradoras de carne... tenía el tamaño de un lagarto.

Y había miles. Quizá millones de ellas en el exterior, emitiendo un chirrido continuado y atroz...

.* * *

Los disparos de rifle del profesor, las detonaciones de revólver de Ivana, valerosa y decidida, pese al dantesco adversario surgido de la noche, pusieron su nota de estruendo en el campamento. Eran numerosas las inmensas hormigas que recibían los proyectiles, reventando su dura epidermis.

Pero era como intentar detener una inundación con pequeños guijarros, o un alud de nieve con una cerca de tablas. Sólo que esta masa era infinitamente más horrible y estremecedora que todo eso. Era una masa viva, ingente, formada por un ejército que, ya en su

tamaño insignificante, resultaba aterrador, y al que los africanos temían más que a las propias fieras sanguinarias.

Sólo que ahora... una sola de cada hormiga, abultaba por millares de ellas. Y su ferocidad y fuerzas, por tanto, estaban centuplicadas hasta el paroxismo.

—No entiendo lo que sucede... —jadeaba Carrel, demudado—. No tiene sentido... Pero está sucediendo... y es el fin. No hay nada capaz de extinguir a esa masa devastadora...

Los porteadores negros, pese a estar ya curados de espanto, huían amedrentados. Sólo Watai disparaba serenamente contra los gigantescos himenópteros, dominando su propio y desenfrenado terror, que desorbitaba sus redondos ojos y hacía chorrear transpiración de su oscura piel brillante...

—Roger, me temo..., me temo que esto es la prueba evidente del poder de ese «algo» llegado de los cielos... —jadeó el estremecido profesor Udanowsky, junto a la tienda de lona, disparando las últimas balas de su rifle de caza mayor sobre el repulsivo abdomen rojizo de los colosales insectos.

—Una fuerza semejante... aniquilará a la Tierra —susurró Roger, despavorido—. Dios salve a todos nuestros semejantes, profesor... Nunca debimos acercarnos tanto a..., a la «cosa» maldita, llovida del espacio..., sea ello lo que sea...

Y viendo que la lucha terminaba, que las hormigas penetraban por doquier, triturando lonas y objetos entre sus terribles pinzas y dientes, Roger Carrel supo que, desgraciadamente, todo terminaba allí.

Iban a ser festín del terrorífico enemigo invencible, surgido de la noche como la peor y más abominable de todas las pesadillas...

* * *

El y ella se miraron en silencio.

—¿Resultará? —preguntó él con voz ronca.

—Tiene que resultar —replicó ella—. O será el fin de todos. De ellos... y de nosotros.

—Tal vez la «cosa» sea más fuerte que nosotros...

—Tal vez. Sólo lo sabremos... atacando. Yendo en ayuda de esos infortunados humanos;...

—Conforme. ¡Vamos ya!

Y los dos seres, hombre y mujer, varón y hembra, supervivientes

de una civilización extinguida allá lejos, en remotas galaxias, en un mundo de terror, se lanzaron decididos a luchar contra un nuevo error viviente, manifestado en el planeta Tierra, en el que ellos eran forasteros recién llegados...

Ni siquiera llevaban armas en sus manos.

Pero se acercaron, impávidos, a los millares de gigantescas hormigas carnívoras...

* * *

Roger Carrel pestañeó. Miró, incrédulo, más allá de la legión delirante de enormes himenópteros. El aire todo olía fuertemente a ácido fórmico. Y a muerte también...

—Eh... —jadeó—. ¿Qué significa...? ¿Quiénes son ésos?

Junto a él, el profesor Udanowsky, su sobrina Ivana, Watai, el jefe de porteadores... Todos dejaron de disparar para contemplar, estupefactos, al hombre y la mujer surgidos como de la nada y de la oscuridad, con sus ropas extrañas, ajustadas, resplandecientes, sus rostros apacibles, hermosos e inexpresivos, sus figuras humanas, altas y arrogantes, extrañamente armoniosas...

—Que me ahorquen si lo entiendo... —masculló el sabio ruso—. ¿De dónde salieron esos dos seres?

—Vean sus ropas... —gimió Ivana—. Parecen hechas de plata, de luz acaso...

—¡Y no llevan armas! —rugió Carrel—. ¡Es un suicidio...! ¡Las hormigas van a destrozarles!

—¿De qué servirían las armas? —pateó con ira Watai a dos o tres enormes hormigas, cuyos vientres desgarró con sus botas claveteadas—. También nosotros vamos a ser su festín, patrón...

Roger no dijo nada. Descargaba brutales culatazos sobre antenas y putas, sobre pinzas y cabezas de los ventrudos insectos superdesarrollados. Pero como dijera Watai, todo estaba ya decidido. Nada ni nadie podía salvarles del mayor horror imaginable.

Y aquellos dos locos, aquellos dos seres fantásticos, allá afuera... ¡estaban metiéndose entre las hormigas gigantes, sin siquiera esgrimir un objeto defensivo en sus manos!

—Cielos... —musitó Ivana, admirada—. Miren... ¡Miren eso...!

Roger lo estaba viendo ya. Y no daba crédito a sus ojos.

Era increíble.

Sin embargo, estaba sucediendo ante sus ojos. Como un milagro. Como el mayor y más inexplicable de todos los prodigios de aquella jornada insólita y fantástica.

¡Los dos extraños de ropas luminiscentes, los hermosos seres de sexo diferente, surgidos de la noche africana... estaban aniquilando a las hormigas gigantes sin arma alguna!

Era el mayor prodigio que Roger viera jamás. Sus ojos incrédulos asistían a la maravilla que la lógica y la razón hubieran rechazado de plano sólo unos segundos antes...

Sencillamente, a su paso, el aire parecía llenarse de unas vibraciones luminosas, de unos temblores brillantes que, al tocar a las hormigas, no sólo las ennegrecía, carbonizándolas, sino que las reducía a su habitual tamaño natural, aquel que la Naturaleza les concediera en su principio.

La masa informe se hacía, así, una simple alfombra negruzca, abrasada, como calcinada, que las botas luminiscentes, livianas y ajustadas, de los pies de aquella hermosa pareja humana, iban pisando insensiblemente, en su avance impávido, sereno, confiado, hacia las destrozadas tiendas de lona.

A los pies de Watai, de Ivana, de Udanowsky y de él mismo, los insectos desorbitados se empequeñecían, vibrando y emitiendo extraños sonidos quejumbrosos, como chirridos de chicharras... Luego, se ennegrecían, convulsos, quedando inmóviles.

La inteligencia natural del pavoroso ejército carnívoro actuó entonces. O quizá un raro instinto o un influjo sobrehumano. Lo cierto es que una oscura y silenciosa masa de hormigas carnívoras retrocedió, dispersándose, acaso por vez primera en la historia de sus aterradoras incursiones en territorios africanos.

Unos instantes tan sólo, y volvió la calma, el silencio, la extraña paz mortal, a la sabana africana, tras el azote monstruoso de aquella fuerza viva y voraz de la selva misteriosa, cruel, devastadora.

Se miraron todos entre sí. Los extraños sonreían. Sus rostros eran armoniosos v perfectos, hermosos y serenos. Había majestuosidad y arrogancia en sus cuerpos. Musculoso el de él, elástico el de ella. Ojos claros los de él. Más oscuros, más aterciopelados y rasgados los de ella...

—Buena noches, terrestres —saludó ella con sencillez.

—Buenas noches, amigos —corroboró él.

Los componentes de la expedición se miraron, atónitos. El inglés de la pareja, meloso y dulzón, era casi perfecto, con un leve matiz extranjero, casi cristalino.

—¿Terrestres? —jadeó Roger, confuso.

—Terrestres... —repitió Fedor Udanowsky, pálido aún, brillando sus ojos con excitación renovada. Casi había olvidado ya a las horribles hormigas y su espantosa experiencia cercana—. Entonces, son...

—Extraños —afirmó él—. Sí, lo somos. Extranjeros en su mundo, amigos.

—Amigos... —repitió Ivana. Contempló, admirada, la suave y a la vez firme musculatura del hombre altivo y hermoso, como una estatua de perfecto cincelado—. Nos llamaron... amigos...

—Esperamos serlo —sonrió ella—. Hemos intentado ayudarles. Les salvamos ahora de ese peligro terrible...

—¿Entonces... no fue cosa suya? —indagó Udanowsky, perplejo.

—¿Nuestra? No, oh, no... —rechazó suavemente él—. Al contrario. Íbamos a presentarnos a ustedes, a establecer contacto amistoso... cuando eso sucedió. Evidentemente, no era una cosa natural, ¿verdad? Desconocemos su mundo, pero sus pensamientos nos llegan con claridad. Así hemos aprendido su idioma en estos días. Ustedes pensaban que las hormigas son mucho más pequeñas... Como son ahora...

—Cierto —asintió el científico. Sus manos temblaban

de excitación al ir hacia ellos dos—. De modo que ustedes..., ustedes son los que llegaron de otros mundos. No son «cosas», sino seres vivientes... con apariencia humana... ¿O es sólo... espejismo, imaginación?

—No es espejismo. No alteramos nuestra apariencia. Somos así. Como ustedes.

—Pero mucho más hermosos... —suspiró Ivana.

—Han dicho que aprendieron nuestro idioma en estos días, captando nuestros pensamientos... —les miró Roger Carrel—. ¿Son telépatas?

—Sí, lo somos.

—¿Nos seguían ocultamente?

—No teníamos otro remedio. No sabíamos qué decisión tomar.

—¿Presenciaron el ataque de…, de los leopardos?

—Sí —ella bajó, sus ojos rasgados, exóticos, insondables.

—¿Fueron… quienes no salvaron también entonces? —sugirió Ivana.

—Sí —aseguró él, mirando fijamente a la jovencita, hasta que ésta enrojeció.

Roger Carrel avanzó unos pasos, sintiendo el agrio, desagradable crujido de los miles de cuerpos de insectos, bajo sus pies, inmóviles y abrasados por aquella misteriosa fuerza que emanaba de los extraños. Los ojos grises y agudos de Carrel se clavaron sin rodeos en los de ella.

—Entonces…, ¿quién mueve a esos animales contra nosotros? —preguntó, abrupto—. ¿Qué o quién hizo aumentar de tamaño a esos insectos? ¿Acaso tratan de jugar ustedes con nosotros?

—No, no es lo que imagina —rechazó ella, altiva, arrogante—. Sólo tratamos de ayudar, aunque no seamos de su mundo. Pertenecemos a una especie semejante. Todos somos humanos por un azar, una coincidencia asombrosa, pero factible en el número infinito de mundos habitados de las galaxias… Roger Carrel, nosotros no somos culpables de nada de cuanto les ocurre. Por el contrario, estamos a su lado, luchando contra los mismos peligros, ¿no lo entiende?

—No, no lo entiendo —rechazó Roger, desconfiado—. El profesor dijo que esas mutaciones, esas alteraciones en lo natural y lógico, podían provenir de alguien extraño en la Tierra. Y ustedes son los extraños…

—Creo entender las cosas, Roger, amigo mío —suspiró cansadamente el soviético.

—¿Usted? —se volvió Carrel, sorprendido—. ¿Entiende algo?

—Me parece que sí, por asombroso que le resulte…

—¿Qué es lo que entiende, profesor?

—Que ellos…, ellos son de otro mundo lejano…, pero son amigos y tratan de ayudarnos, mientras que hay otra «cosa» también extraña, que trata de destruirnos… ¿Va entendiendo, Roger? En suma, creo que por una circunstancia inaudita, estamos ante dos clases diferentes de visitantes llegados de otros mundos,.. Unos humanos que tratan de ser amigos… y algo que sólo trata de aniquilarnos.

—Exacto, profesor —suspiró el Extraño, serenamente—. Usted lo ha adivinado. Eso es lo que sucede....

CAPITULO VIII

EL silencio de la serena y cálida noche africana era más impresionante que nunca.

Se prolongó unos minutos en torno a la fogata que ardía, y a cuya luz se agrupaban, todavía presa de renovadas supersticiones, los rostros oscuros, brillantes, sudorosos, de los porteadores nativos, con Watari a la cabeza, tratando de razonarles los hechos insólitos vividos últimamente.

Al lado opuesto, agrupados también, estaban el profesor y su sobrina, Roger Carrel... y los dos extraños, varón y hembra del lejano planeta convertido en estrella nova, allá en algún rincón de las galaxias insondables.

Las explicaciones habían cesado. Reinaba la calma en torno. Los grillos volvían a canturrear, apaciblemente. Ya no aullaban las fieras en la distancia. Había algo de paz y de orden ahora en la sabana de Kenya, al sur de Nairobi y no lejos de Mombasa.

Como si «algo» siniestro, oculto y maligno hubiera llegado a darse por vencido. O estuviera agazapado, en la sombra, a la espera de una nueva ocasión ele desencadenar su furia diabólica sobre los humanos...

—Es la historia más fantástica que jamás oí —acabó por confesar roncamente Roger.

—¿No la cree? —sonrió ella, mirándole con aquellos maliciosos, inteligentes, agudos ojos suyos, aterciopelados y profundos, extraña y bellamente rasgados, en sus facciones virginales, de hembra perfecta, casi hija de dioses.

—¿Cómo no creerla? —suspiró el explorador—. He vivido tantas, cosas increíbles últimamente, que su aventura entra ya en lo razonable. Gentes de mundos más avanzados que los nuestros,

evadiéndose del terror de una forma de vida cruel y programada... y de un caos final, desencadenado por esa misma tecnología superior y por el orgullo de una raza que se creía perfecta. Después de todo, la historia no es nueva. Me temo que se repita en el futuro, en otros mundos. En el nuestro, por ejemplo... Los que pertenecemos a esta especie humana, amigos míos..., nunca escarmentamos ni aprendemos la lección.

—La nuestra fue una civilización de horrores —explicó él—. Experimentos biológicos monstruosos, investigaciones que iban más allá de lo permitido, supresión de sentimientos y de todo lo noble del ser humano, en aras de una perfección mental y física rigurosas... El amor, como algo prohibido. La germinación artificial de seres humanos, las alteraciones biológicas más audaces y terribles... De eso intentamos huir. Y lo logramos, cuando toda esa perfección científica, fría y despiadada causó el caos en nuestro mundo...

—Y llegaron a la Tierra —susurró Ivana.

—Sí. Llegamos a la Tierra... —convino el extraño, mirándola.

—¿Por qué, precisamente, a la Tierra? —quiso saber Roger, con su mirada fija en ella, la extraña.

—Era un mundo de humanos. Programamos nuestro traslado cósmico a través del Espacio-Tiempo, en el transportador de Materia, hacia otro mundo habitado por raza similar a la nuestra. Resultó bien la programación de datos y el rumbo de la máquina. Aquí nos materializamos.

—¿No hay otros mundos habitados por humanos, en todo el Universo? —dudó Udanowsky.

—Los hay, sin duda —afirmó él—. Algo nos hizo llegar aquí, estoy seguro. Se lo dije a ella. Hay «algo» que influyó en nuestra ruta, en nuestra materialización. De otro modo,, ¿cómo aceptar la casualidad, que para mí no es tal, de que nos materializásemos, al fin del viaje intergaláctico, justamente aquí, en África, en Kenya, cerca de ustedes..., cuando ustedes estaban buscando una forma de vida de otro planeta?

Udanowsky se agitó ante el comentario de él. Inclinóse, preocupado, hacia el extraño.

—Usted..., ¿usted cree que... hay relación entre ambas cosas? ¿Entre ustedes y... y eso que se oculta en alguna parte de esta

maldita geografía?

—Estoy convencido —afirmó él.

—Sí —corroboró ella—. Es casi seguro, profesor.

Todos se miraron entre sí. Ivana aventuró una tímida pregunta:

—¿Acaso… proceden del mismo planeta?

—No —rechazó, rotundo, él—. Puedo garantizarles que no. Cuando menos, la «cosa», sea ello lo que sea esa forma de vida capaz, según creemos, de influir en el orden establecido en este planeta, alterando incluso la morfología y dimensiones de los seres vivos…, no procede de nuestra época. Si, siglos o milenios antes, hubo algo parecido en nuestro planeta…, la cosa ya sería diferente. Pero jamás oímos hablar de tal forma de vida, pese a los estudios históricos y biológicos que desarrollamos allí.

—Dos formas de vida de épocas diferentes, de estructuras celulares distintas, separados acaso ustedes, entre sí, por algo más que milenios. Quizá por millones de años, por cientos de civilizaciones diversas, en el curso del tiempo y de la vida. Su mundo, evidentemente, era ya un mundo viejo, ultracivilizado, con todo lo bueno y lo malo que eso comporta… —Udanowsky se expresaba apaciblemente, eligiendo con cuidado sus palabras—. Sí, eso no es ninguna tontería, amigos míos… Además, está otro factor extraño, que parece hacer coincidir, sobre el planeta Tierra, las coordenadas imaginarias de su rumbo y del de esa otra maligna forma de vida que ustedes desconocen…

—¿Qué factor? —indagó ella, curiosa.

—El modo en que vencieron a los felinos rabiosos. Y a las hormigas agigantadas por un poder fuera de lo común. Ustedes fueron capaces de deshacer lo que otro había hecho. No sé cómo hicieron lo de los felinos, pero… sí sé cómo han hecho lo de las hormigas: con una especie de fuerza magnética propia, un poder destructor que emanaba de sus cuerpos, en forma de vibraciones luminosas, todos pudimos verlo.

—Es cierto —afirmó Roger—. Vibraciones luminosas… ¿Qué clase de poder es el vuestro?

—Mental —informó ella, risueña—. Emitimos unas radiaciones aniquiladoras, concentrándonos ante un peligro. Pero no imaginamos que llegase a tanto su poder.

—Estáis en un mundo muy distinto al vuestro —suspiró

Udanowsky—. Me temo que aquí vais a ser poco menos que un superhombre… y una supermujer.

—Nos gustaría ser mucho menos —suspiró ella—. Sólo hombre… y mujer.

—Tal vez con el tiempo… —sacudió la cabeza, pensativo, el sabio ruso—. No sé…

—Por cierto —dijo Roger—. Aún no sabemos siquiera cómo llamaros…, si es que tenéis algún nombre…

Ellos dos se miraron. Habló él:

—En nuestro mundo éramos simples números. Pero antes, acostumbrábamos a tener nombres. Nombres raros y difíciles para vosotros. Traducidos a vuestro idioma, digamos que podrían ser… Wolf el mío. Kat el de ella…

—Wolf… y Kat —sonrió Roger, divertido—. Fuerte y vigoroso el varón, como un lobo… Femenina y astuta la mujer, como un gato… [2]. No está mal la definición…, amiga Kat.

—Me alegra que te guste —respondió ella, complacida. Parecía realmente felina, casi ronroneante—. Roger Carrel… También suena bien. Espero que seamos buenos amigos todos nosotros…

—Tenemos que serlo, Wolf —habló Udanowsky, que de soslayo observó el interés con que su joven sobrina estudiaba la vigorosa, joven, atlética figura del extraño—. Nos hemos conocido en difíciles circunstancias. Y os debemos mucho. La vida… y quizá las vidas de otros muchos humanos, si llegamos a saber qué es lo que cayó del cielo… y dónde puede ocultarse…

Wolf miró curioso al ruso. Su pregunta fue razonable, llena de lógica y curiosidad. Era algo que Roger mismo estaba ansiando saber desde un principio. Desde que allá, en Nairobi, fue lo bastante loco o visionario para aceptar aquel extraño safari científico con un astronauta ruso que afirmaba buscar un ente extraterrestre, caído en el planeta Tierra… y por el momento, todo parecía confirmar su peregrina teoría.

La pregunta de Wolf fue contundente, precisa:

—Profesor, ¿cómo supo usted que había «algo» extraño en la Tierra, llegado de otras galaxias?

Fedor Udanowsky meditó en silencio su respuesta. Parecía decidido a guardar su secreto un poco más, como hasta entonces. Pero, repentinamente, cambió de idea.

—Está bien. Se lo diré —suspiró—. Creo que es justo desvelar este misterio...

Roger respiró con alivio. Al fin iba a conocer las razones ocultas del sabio ruso para iniciar aquella expedición misteriosa al corazón del África oriental.

Fue justamente entonces cuando sucedió algo imprevisible.

Restallaron dos detonaciones secas en la oscuridad.

Inesperadamente, con un doble gemido de dolor y de agonía... ¡Wolf y Kat cayeron de bruces, quedando inmóviles junto a la fogata! Algo rojo brotó de sus heridas. Sangre. Sangre humana, como la de seres nacidos en la Tierra... Sangre, enrojeciendo sus extraños trajes luminiscentes, platinados.

Roger soltó una imprecación. Ivana gritó, en un sollozo de horror. Los porteadores negros vacilaron, Watai saltó a por un arma, y recibió otro balazo, cayendo inerte a tierra.

—Intenten algo, hagan un movimiento, y se irán a hacer compañía a los demás cadáveres —dijo glacialmente una voz, en la sombra.

Los cerrojos de armas automáticas de buen calibre chascaron en la oscuridad. Roger supo que sus asaltantes no fanfarroneaban. Se quedó inmóvil, a medio camino entre su asiento y el rifle poderoso de caza mayor.

—Obedezcan —masculló secamente, al profesor, a su sobrina y a los asustados porteadores—. Creo que es la única forma de conservar la vida por el momento...

—Esa es una medida muy inteligente por su parte, Carrel —rió una voz llena de cinismo.

Y de la noche, emergieron hasta cuatro figuras, armadas de fusiles automáticos tres de ellas, y de un fusil ametrallador el cuarto personaje.

Ivana y su tío reconocieron inmediatamente al explorador Derek Oxman, a sus esbirros, Lothar y Cooley... y también al hombre moreno, cetrino, elegante y cruel, que esgrimía el fusil ametrallador.

Sin duda era el supuesto señor Calvados, brasileño. En realidad, Tony Cravatt, ladrón de diamantes y asesino.

Los ojos de Roger se clavaron en Watai. Estaba muerto. También parecían estar sin señal alguna de vida Wolf y Kat, allá junto a la

fogata, sangrando por sus heridas de bala...

* * *

—Ha sido la más cruel y cobarde agresión imaginable, Oxman. Pagará por esos asesinatos, esté seguro...

—No me asustan sus amenazas —rió Oxman, cínico—. Para que surtieran efecto, tendría que llegar con vida a

Mombasa o Nairobi, y denunciarme por agresión y homicidio. Eso nunca sucederá.

—De modo que piensa asesinarnos... —jadeó Roger.

—Exacto. Fueron muy ingenuos entregándose con vida. De todos modos, su suerte será la misma, a fin de cuentas.

Ligados como estaban, ninguno podía ya rebelarse contra su trágico destino, en poder de los asesinos. Habían atado juntos a Roger y a Udanowsky, el uno con el otro, de espaldas entre sí, y sin posibilidad de soltar mutuamente sus ligaduras. Ivana estaba atada por las muñecas al poste de una de las tiendas de lona, y obviamente tampoco podía hacer nada.

Tableteó un arma de fuego rabiosamente. Roger rechinó sus dientes con rabia. Los desdichados porteadores negros, cosidos a balazos por Tony Cravatt, rodaron por el claro, quedando inmóviles, bañados en sangre. Era un asesinato masivo e incalificable, que exaltó la ira contenida de Roger, pero que no pudo estallar en la ansiada revancha contra los criminales.

—¿Por qué...? —jadeó roncamente—. ¿Por qué todo esto? ¿Sólo para estar seguro de la fuga lejos de Kenya,

Cravatt?

El tipo moreno, elegante y cínico rió entre dientes, acercándose a ellos. Su fusil ametrallador humeaba, tras la ráfaga que acribilló a los porteadores nativos. Encañonó a los dos y a Ivana, con perversa complacencia, sin llegar a apretar aún el gatillo del arma.

—Exacto, Carrel... Cuando Oxman me encontró, perdido en la sabana, y me explicó su presencia en la zona, le aconsejé de modo inteligente —habló el rufián—. Llevo demasiados diamantes encima para correr riesgos. Y yo también capté en mi receptor el mensaje de la radio

de Mombasa. Era demasiado peligro dejarle suelto por aquí, habiendo visto a Oxman, habiendo hablado de un tal Calvados...

—Y acertó —dijo Oxman—. Fue muy astuto, Cravatt. Hemos

impedido que Carrel nos delate a las autoridades, seguro.

—Eso será la impunidad para mí —rió Cravatt—. Los diamantes llegarán a Sudán. Mis socios pagarán esa suma convenida… y usted, Oxman, conforme a lo convenido, percibirá una importante parte de los beneficios, para repartirlos con sus camaradas. Me gusta ser generoso con los que me ayudan a huir de la Interpol y de las autoridades africanas enviadas en mi busca…

—Ya lo ve, Carrel —rió entre dientes Oxman—. No tiene sentido práctico. Se une a chiflados científicos, en vez de buscar buenas ganancias. Siento que no reciba un solo billete en este negocio…

—¿Billetes? —habló Cravatt, despectivo—. Balas es lo que van a recibir él y sus amigos. Suficientes balas para lastrar sus cuerpos y esperar que reposen tranquilamente bajo esta sabana…

Miró a los dos cuerpos inertes, de ropas luminiscentes, tendidos cerca del cadáver de Watai. El campamento todo parecía un cementerio. Y dentro de poco, la matanza sería total. Roger sabía que les quedaban momentos de vida nada más. A él, a Udanowsky, a la muchacha… Sus vidas garantizaban la impunidad del ladrón de diamantes. No iban a correr riesgos en ese sentido.

—Esos tipos, ¿de dónde salieron, Oxman? —se interesó Cravatt —. Extrañas ropas las suyas… Parecen despedir luz. Como si fuesen cosa de magia…

—No son ropajes adecuados para pasar desapercibidos de noche —soltó Oxman, una soez risotada—. Por eso fueron los primeros en caer. Ofrecían un blanco perfecto. Pero no sé de dónde salieron. ¿Qué responde a eso, Carrel?

—Vinieron de otro planeta —replicó Roger secamente.

—Ese chiste no tiene gracia —rezongó Cravatt. Mordisqueó, impaciente, un cigarro habano. Sus ojos negros y estrechos centellearon. Su dedo tembló en el gatillo—. Bien, acabemos de una vez por todas… Oxman, tome su rifle. Vamos a coser a tiros a esos tres. Luego haremos las zanjas, y borraremos todo rastro. ¿Dispuesto?

—Dispuesto, patrón —afirmó Oxman, empuñando su poderosa arma de mira telescópica.

Se alzaron las armas hacia los tres sentenciados.

La luna emergió, redonda y plateada, allá encima del horizonte, iluminando, fantasmal, la trágica escena. Las ropas de los abatidos

extraterrestres parecieron refulgir algo más, al recibir su extraño tejido aquella claridad lunar, nítida y lechosa...

Los gatillos iban a ser presionados. Roger apretó los labios.

—Lo siento, amigos —dijo al profesor y su sobrina—.

Esto se acaba...

* * *

El rugido fue estremecedor. Pavoroso.

Sonó tan cerca, que conmovió brutalmente a los dos hombres, a Oxman y a Cravatt. Ambos se volvieron, sobresaltados, temiendo tener un par de leones, cuando menos, a una yarda o dos de distancia.

También Lothar, el explorador de piel achocolatada, y

Cooley, el albino inglés, giraron sus cabezas, desorientados y alarmados.

Lo que sucedía fue demasiado terrible e insólito para que ninguno de los cuatro pudiera hacer algo medianamente sensato en aquel trance.

A cualquiera le hubiera ocurrido igual, ante un espectáculo tan dantesco e increíble como aquél.

Bajo la luz lunar, igual que en una pesadilla o en una fantasía mitológica, como si una leyenda medieval tomara forma inaudita..., ¡los cuerpos de platinadas ropas de Wolf y de Kat habíanse evaporado, ante las miradas incrédulas de todos!

En su lugar, un enorme, velludo, poderoso lobo, mostraba sus ojos ardientes, sus fauces babeantes, sus aceradas, corvas garras, y sus afiladísimos colmillos...

Y una negra, elástica, aterciopelada y sinuosa pantera, de poderosas zarpas y agudos colmillos, exhibía sus ojos malignos, en un relampagueo de odio, al tiempo que su cuerpo felino brincaba sobre los hombres armados...

Aterrorizados, Oxman y Cravatt volvieron sus armas hacia aquellas fieras inesperadas. También Cooley y Lothar echaron mano a sus revólveres...

Los rugidos crecieron de volumen. Las zarpas desgarraron carne humana. Brotó la sangre...

Roger Carrel aún no podía salir de su asombro.

Ante sus propios ojos, bajo la luz de la luna... ¡Wolf y Kat, los extraños, se habían transformado súbitamente en un lobo y una

pantera feroces e implacables!

CAPITULO IX

AQUELLO duró poco. Muy poco.

Roger cerró los ojos, respirando estremecido. Udanowsky, lívido, maravillado, asistía a la aterradora escena. Ivana se había desvanecido apenas comenzó el prodigio.

Cuando todo terminó, tras un forcejeo exasperado, unos gritos desgarradores, de hombres en la agonía, luchando contra lo inexorable, hubo roncos rugidos de fiera satisfecha... y dos cuerpos, velludo el uno, sinuoso y aterciopelado el otro, se movieron por entre despojos humanos, sangre y cuerpos destrozados a zarpazos y dentelladas.

Un silencio de muerte se extendió por la sabana. Lejos, en alguna parte, emitió un graznido algún buitre de buen olfato y mejor instinto...

—Dios mío... —susurró Roger—. Dios mío...

Al abrir los ojos, miradas fosforescentes estaban ante él, brillando en la noche de luna espléndida. Cuerpos reptantes, de animales feroces, se deslizaban hacia ellos, como si la carnicería fuese a proseguir.

Una pantera negra, sigilosa, y un salvaje lobo aniquilador se acercaron, se acercaron a los cautivos...

—Nada puede detener ya a esas fieras... —susurró Fedor Udanowsky—. Si alguna vez fueron humanos..., ya no lo son. Ahora comprendo, Roger..., las diferencias biológicas entre ellos y nosotros. Eran casi iguales..., pero no iguales...

—A buena hora nos enteramos... —susurró Roger.

Y se estremeció cuando la sedosa piel negra de aquella pantera que antes fuese la hermosa Kat, rozó su piel.

El lobo sanguinario caminó, rugiendo entre sus fauces terribles,

hacia la inconsciente Ivana...

.* * *

El sol brillaba al amanecer.

Se elevó, rojo y redondo, desde el horizonte, más allá de Mombasa. Iluminó una terrible escena de muerte y sangre.

Porteadores nativos, el leal Watai... Y también, por otro lado, los cadáveres de Oxman, de Cravatt, de Lothar y de Cooley...

Un cementerio en la sabana. Arriba, en el azul, los buitres revoloteaban, siniestros y expectantes, aguardando su festín.

Roger se frotó las muñecas lentamente. Se incorporó despacio. Miró en torno, con fatiga, casi sin creer posible que viese amanecer un nuevo día...

No lejos de él, Udanowsky animaba a su sobrina a incorporarse. Pero procuró mantenerla de espaldas a la matanza de aquella trágica noche. En torno de ellos, el silencio era tan impresionante, que África toda parecía desierta, abandonada por toda clase de vida, salvo la de ellos mismos.

—La vida sigue, profesor... —musitó roncamente Carrel.

—Diablos, sí —afirmó el ruso—. Aunque no parezca posible..., todo sigue.

—¿Quién iba a decirlo anoche? —suspiró el explorador—. Primero, cuando Cravatt y Oxman iban a cosernos a balazos. Después... cuando esas dos fieras nos acechaban, rozaban nuestra piel, sentíamos la proximidad de su aliento, de sus miradas ardientes y feroces...

—Y todo pasó.

—Sí, todo pasó. Aún me pregunto cómo pudo suceder...

Por vez primera hubo un roce cercano, una señal de vida. Ambos se volvieron, miraron en esa dirección, más allá de las tiendas de lona...

—Ellos... —se estremeció Roger.

Afirmó despacio el profesor. No separó sus ojos de los recién aparecidos.

—Vuelve a ser todo como antes —musitó—. ¿Entiende, Roger? La luna... Es como la vieja leyenda. Los licántropos, los pueblos-gato de Centroeuropa... Nunca creí que todo eso fuese posible, salvo en la superstición de las gentes de viejos países...

—Ahora comprendo lo que sucedió la otra noche —musitó

Carrel—. Los leopardos enloquecidos... Ellos..., ellos fueron.

—Nos salvaron la vida dos veces... —reflexionó en voz alta el profesor.

Aun así, tanto Roger como Ivana contemplaron con mudo respeto, casi con aprensión, a los dos hermosos seres que avanzaban hacia ellos, con sus ropas refulgentes a la luz solar.

Sonrientes, frescos, llenos de vitalidad y fuerza... Ni huella de sus heridas de bala, de su sangre. Y menos aún de la fantástica metamorfosis de la noche anterior, bajo la mágica luna de los licántropos y de las mujeres-gato.

Se detuvieron ambos ante ellos. Su sonrisa se borró lentamente, Hubo cierta tristeza en sus expresiones. Se miraron entre sí.

—Comprendo lo que sienten —dijo Kat, con voz suave—. No fue agradable presenciarlo...

—No, esas cosas nunca son agradables —convino Udanowsky—. Pero resultó impresionante. Un par de viejos mitos hechos realidad...

—Acaso en la Tierra sean sólo mitos. La luna, la transformación, licantropía y todo eso —habló tristemente Wolf—. En nuestro mundo de horrores... se hizo natural. También eran sólo leyendas. Hasta que la ciencia, la fría ciencia, quiso hacerlas realidad. Y lo logró. Vaya si lo logró, malditos sean todos ellos... Ya les hablé de monstruosas desviaciones biológicas, de experimentos increíbles... Este es uno de ellos. Mutantes de una condición infrahumana. Basta una luz blanca, como la lunar..., para alterar las células biológicas y provocar la mutación. Es horrible.

—Horrible —convino Roger, pensativo—. Pero debemos la vida a ese hecho. Por dos veces...

—Eso no puede borrar el horror que sentirán hacia nosotros —musitó Kat.

—No somos quiénes para juzgar —cortó Fedor Udanowsky gravemente—. Y sí sólo para dar gracias a su ciencia, por inhumana que ella fuese..., puesto que nos permite sobrevivir. Supongo que ustedes son diferentes cuando..., cuando se convierten en animales salvajes...

—No. Eso es lo terrible —replicó Wolf, con un jadeo—. Seguimos siendo nosotros. Con el mismo cerebro y sentimientos. Sólo que un instinto animal nos guía y hace feroces. Claro que, al

atacar a aquella gente, lo hicimos conscientes de que con ello les salvábamos, como ocurrió la noche de los leopardos…

—Y en vez de atacarnos después a nosotros,.., se retiraron lejos del alcance de la luna —señaló Roger—. Por eso desaparecieron ambos..,

—Ya que tenemos ese estigma terrible en nuestro organismo, debemos luchar contra él. Por eso pensamos que…, que no seríamos aceptados plenamente en su sociedad.

—Desgraciadamente, es cierto. Serían señalados, perseguidos, acosados y muertos… —asintió Roger—. Por cierto…, ¿qué fue de sus heridas de bala?

—Balas de armas terrestres… —Wolf sacudió la cabeza—. Nuestros tejidos poseen un tratamiento especial bioquímico. Se regeneran los órganos y tejidos dañados. Se recupera la sangre perdida. No podemos ser muertos a tiros…

—Cielos, auténticos superhombres —musitó Ivana—. No, no los admitirá nadie… No conocen este mundo, amigos. Vienen ustedes de un planeta de horrores, pero aquí existen otros problemas. Intolerancia de los humanos, prejuicios, recelos, barreras sociales, morales y psíquicas. Leyes y orden establecido, y todo eso… No aceptarán a nadie superior. Serían… monstruos, en nuestro modo de vivir, estoy segura. Así les catalogarían, cuando menos.

—Y, en el fondo, lo seríamos —habló Kat tristemente—. ¿Imaginan un descuido nuestro, paseando públicamente bajo su luna? Inmediatamente… la metamorfosis.

Fieras a la vista de todos. Monstruos, en suma. No, no es posible. Deberemos buscar otro planeta…, o resignarnos a ser nómadas en el espacio, a no tener nunca un hogar en ningún mundo habitado por seres como nosotros…

Hubo un embarazoso silencio. Wolf y Kat parecían aturdidos, vencidos, anonadados por su propia facultad sobrehumana…

Roger se acercó a ellos. Sabía ahora por qué se llamaban Wolf y Kat. Todo estaba claro. Miró a la joven cara a cara.

—Kat… —dijo despacio.

—¿Sí? —ella le contempló con su mirada, tan aterciopelada como la piel del felino en que se convertía a la luz de la luna.

—Kat, no podemos culparos de nada. Ni a ti, ni a tu compañero Wolf. Nunca pretendisteis engañarnos. Es más: por tres veces

salvasteis nuestras vidas. De los leopardos, de las hormigas, de Cravatt y su gentuza…

—Acepto tu gratitud, Roger —sonrió ella—. Es mucho para mí, habida cuenta de mi condición, tan distinta a la tuya…

—Kat, es algo más que gratitud. Me gustaría… hacer algo por vosotros. Por ti, por tu compañero…

—Nadie puede hacer nada. Vuestra ciencia no puede compararse con la nuestra…

—Cierto, Roger —terció Udanowsky, sombrío—. Somos como párvulos junto a genios. Esa gente dominaba todo: mutaciones biológicas, alteraciones mentales y físicas, evoluciones genéticas, maravillosas transmutaciones celulares… No, Roger. Nunca, en siglos enteros, podremos hacer nada por un caso como el de Wolf y Kat, estoy seguro…

—Lo sé —se exasperó, Roger. De soslayo, observó que Wolf clavaba su mirada patética en la joven Ivana… y ésta lloraba en silencio, amargamente—. De cualquier modo, Kat, amiga mía, no hay ciencia ni prodigio biológico que me haga pensar de diferente modo: cuando eres una mujer, simplemente, eres hermosa, ideal, adorable. La más hermosa mujer que jamás vi. Incluso creo que es fácil amarte…

—Roger —musitó ella, enternecida—, eso que dices es maravilloso…, aunque no arregle nada. Sencillamente, somos diferentes. También tú me atraes. Me hubiera gustado integrarme en vuestro mundo, en vuestra sociedad. Pero eso no es posible.

—Si, al menos, no te viese en las noches de luna… convertida en felino… —jadeó el explorador.

—Sería inútil. Cuando uno de nosotros sufre la mutación conseguida por la ciencia de mi planeta… también lleva esa condición en su evolución genética. ¿Imaginas… unos hijos que, por las noches, fuesen gatos o panteras…?

Roger se estremeció. Inclinó la cabeza, abatido.

—Sí, entiendo… —musitó—. Entiendo. No hay solución.

—No —convino ella—. No la hay.

Carrel caminó hasta el cadáver de Cravatt. Lo registró, tratando de no pensar en Kat ni en Wolf, ni en su prodigiosa capacidad que les convertía en auténticos ejemplares monstruosos, de una forma de vida ambigua, entre ser humano y animal.

No encontró ni rastro de los diamantes. Reflexionó. Una cantidad semejante de piedras preciosas, tenía que abultar bastante. Estudió todo en torno suyo. Tampoco era fácil que Cravatt se deshiciera ni siquiera momentáneamente de su fortuna en gemas.

Deshizo el cigarro habano. No había nada. Era lógico. Tampoco hubiese habido espacio suficiente para el gran botín robado de las minas sudafricanas.

Repentinamente, sus ojos se detuvieron en algo: el fusil ametrallador. Algo que Cravatt jamás dejaba de su mano, según observó...

Desmontó pronto el arma. En su culata/vaciada, halló las gemas, envueltas en algodones.

Había exactamente una veintena de diamantes magníficos. Dos millones de libras esterlinas, al precio legal. Silbó entre dientes. El sol hirió las gemas con destellos maravillosos, deslumbrantes.

Kat se acercó a él. Miró las piedras facetadas, aún faltas del pulido necesario para convertirlas en auténticas maravillas de la joyería mundial.

—Nunca vi nada parecido —dijo—. ¿Qué es eso, Roger?

—Algo por lo que los habitantes de este planeta, sin necesidad de evolucionar a otra especie animal, matan o mueren ferozmente. Eso es peor que la ciencia de tu planeta, Kat. Un puñado de vidrios hermosos... y nada más. Millones. Una fortuna. ¿Hay algo más absurdo? Simple carbono cristalizado. No sirve para nada, salvo para exhibirlo, cuando no se aplica a usos puramente industriales, en pequeños tamaños. Como verás, ningún planeta es perfecto. Y el nuestro, menos que ninguno.

—¿Tratas de darme consuelo? —sonrió ella.

Dios me libre de eso, Kat. Te digo las cosas como son. Esos hombres mataban sólo por dinero. Por lucro. Por esto, por unos billetes impresos... Seguramente tu civilización deshumanizada, allá en tu lejano planeta, dejó ya muy atrás esas locuras estúpidas.

—Pero aprendió otras iguales o peores, Roger. —Sí, claro. Eran humanos, después de todo. No se les podía pedir más... —hundió el montón de diamantes, envolviéndolos en algodón y un trapo, dentro de uno de los bolsillos de parche de su cazadora color marfil. Sacudió la cabeza—. Bien, ahora imagino que el profesor Udanowsky, no escarmentado con todo cuanto nos sucedió...,

querrá seguir adelante.

Lo había dicho en voz alta. El científico se apresuró a responder, solemne:

—Por supuesto, amigo mío. A menos..., a menos que usted prefiera regresar ya a Nairobi y dar por terminada esta aventura...

—Un buen profesional nunca regresa por su voluntad. Nos faltan porteadores, pero con los *jeeps* no harán tanta falta. Podemos seguir adelante. Estaremos en Mombasa antes del mediodía, aun contando con el cruce de una zona amplia de jungla... ¿Cree realmente que vamos a acabar encontrando... la «cosa» de otro mundo?

—Estoy seguro de ello. Algo me dice que estamos cerca. Muy cerca...

—Pues vaya un consuelo... —refunfuñó Roger—, Si a distancia fue capaz de alterar a los leones y a los leopardos, y agigantó a las hormigas carnívoras..., no sé lo que será capaz de hacer estando cerca de nosotros... —Haga lo que haga, hemos de seguir adelante. Investigar, tratar de hallar el medio de controlar esa formidable forma de vida y de poder... De otro modo, lo que llovió del espacio exterior seguirá ahí, en alguna parte de África..., quizá desarrollándose en silencio para ser un día el poder supremo de la Humanidad.

—No le falta razón —aceptó Wolf, pensativo. Miró a Udanowsky —. Por cierto, profesor, anoche no llegó a contarnos cómo supo usted que esa «cosa» espacial estaba en África...

—Oh, es cierto —el ruso afirmó despacio con la cabeza. Luego, empezó a hablar con tono solemne—: Mis queridos amigos, fue la impresión más vivida que jamás recibí. Apenas estuve cerca de aquella célula viva...

—Una..., ¿una célula viva? —se interesó Roger—. ¿Dónde?

—En la Luna —suspiró el astronauta ruso.

—La Luna... —Carrel hizo un gesto de extrañeza—. Creí que en la Luna no sobrevivían las formas orgánicas de vida ante la ausencia de agua, oxígeno y otras materias imprescindibles para los desarrollos vitales orgánicos, profesor...

—Y es lo cierto, amigo mío. Aquella especie de célula agonizaba cuando la hallé...

—¿Qué era, exactamente?

—Era... como una diminuta gragea rosada, levemente púrpura...

Parecía un grano o una semilla, Roger… —las explicaciones de Udanowsky, al provocar en él una sucesión de recuerdos, hacían centellear sus ojos agudamente—. Primero pensé que formaba parte de la propia posibilidad vital de la Luna… Creí estar ante el gran descubrimiento de una materia viva y orgánica, en un satélite muerto como el nuestro…

—Y no fue así —dijo Roger, mientras montaba todo en los *jeeps*, para iniciar de nuevo el viaje a través de Kenya.

—No, no fue así. Aquella partícula viva había llegado de otros lugares…

—¿Cómo pudo saberlo? —se interesó Wolf.

—Había un medio sencillo. Mi equipo de astronauta llevaba un" completo laboratorio de análisis de muestras lunares. En el acto, el análisis electrónico me reveló que estaba ante una célula ajena a la Luna. Llegada de muy lejos, sólo Dios sabe por qué extraños medios. Yacía sobre un auténtico lecho de piedras carbónicas, en una agonía lenta pero decisiva. Su índice de vida era de uno coma tres por ciento… Casi inapreciable ya.

—De eso a imaginar la existencia de algo parecido en la Tierra, concretamente en África, media un abismo, profesor —Roger se puso al volante del *jeep*, invitando a su lado a Kat, mientras en el otro *jeep* Ivana Udanowsky se disponía a conducirlo, con Wolf junto a ella. El profesor eligió el vehículo de Roger para situarse tras él, y seguir sus explicaciones complejas sobre tan extraña materia.

—Aquí llega lo más insólito, lo más fantástico de toda la historia de mi viaje lunar, Roger —dijo con lentitud, mientras arrancaban, dejando atrás la matanza a la luz solar del nuevo día—. Algo que ni siquiera el Instituto de Ciencias de mi país aceptó. Algo que el Centro de Investigaciones Espaciales rechazó de plano… y algo de lo que los técnicos americanos de la NASA, colaboradores en el programa internacional que yo protagonicé, se rieron estrepitosamente. Ante mi fracaso, resolví buscarlo yo solo. A todo riesgo, y con medios propios.

—Todo eso, lo sé. Lo que cuenta es: ¿cómo descubrió usted el supuesto hecho de una existencia extraña en el corazón africano? —insistió Carrel.

Los *jeeps* rodaban por la sabana, hacia la selva cercana a Mombasa. Kat escuchaba con interés las explicaciones del profesor:

—Roger, yo…, yo viví mi más tremenda experiencia cuando, tras el análisis de la supuesta forma de vida lunar, una vez dentro de mi cápsula posada sobre la Luna, estudié más a fondo aquella especie de rosada semilla… y descubrí que no sólo gozaba de una vida ya débil, agonizante, sino que…, que pensaba.

—¡Pensaba! —Roger tuvo que dominar con firmeza el volante, para no despistarse, tal fue su sobresalto al oír al profesor. Le miró por el retrovisor, perplejo—. ¿Seguro?

—Completamente. Entiendo su escepticismo, amigo mío. Ya estoy curado de ello, tras de tantos esfuerzos por persuadir a científicos, técnicos, políticos y militares de que mi informe era verdad. Sí, Roger. Esa célula pensaba, tenía mente. Era algo terrible. Un diminuto cuerpo, de insignificante aspecto, de forma orgánica de vida, era capaz de emitir y captar ideas.

—¿Cómo descubrió eso? —era grande el interés de Kat ahora por el tema.

—Tratando a la célula por un procedimiento electrónico de registro de vibraciones. El computador señaló una serie de intermitencias regulares, como sonidos o expresiones repetidas insistentemente. Aquella manifestación de vida ordenada, me intrigó. Utilicé un traductor electrónico de códigos cifrados, y lo apliqué a aquellas vibraciones. Mi asombro no tuvo límites cuando me tradujo una serie de palabras, formando una frase repetida hasta la saciedad: «Yo pienso y quiero comunicar contigo… Yo pienso y quiero comunicar contigo…»

—¡Increíble! —se admiró Roger.

—Increíble, sí. Aun muriéndose, la fuerza mental de aquella especie de grano era enorme. Imaginé un cuerpo mayor, en plenitud vital, y me horrorizó la idea de su poder. Por medio del traductor de códigos, establecí una breve relación con… la pequeña «cosa». Y así, inesperadamente, cuando ya estaba muriendo, descubrí la existencia de la gran «cosa».

—Siga, profesor. Me tiene fascinado —dijo Carrel.

—Para entonces, yo estaba maravillado, atónito ante mi descubrimiento ya. Logré hacerme entender, mediante impulsos electrónicos repetidos, por aquel microorganismo mental. Para horror y admiración mía… me respondió.

—¿En qué sentido?

—Me dio un informe sorprendente, increíble. Lo capté nítidamente con el traductor electrónico: «Busca la célula-madre. África, planeta Tierra. Punto de longitud y latitud terrestres...» —Udanowsky resopló, muy pálido—. Me dio los datos precisos. Era aquí, en Kenya. Entre Nairobi y Mombasa, junto a Tanzania quizá... Excitado, traté de convencer a todos. Para entonces, la célula estaba totalmente muerta, y no pude probar nada.

—Pero... ¿y el registro electrónico de esa especie de... de diálogo entre usted y la «cosa», profesor?

—No quedaba nada.

—¿Qué? ¿No lo guardó?

—Lo guardé, Roger. Pero algo sucedió en los circuitos electrónicos. Se borró todo. No había pruebas. Siempre pensé que..., que «aquello», el grano, semilla o lo que fuese, antes de extinguirse, utilizó un último impulso magnético, que borró lo grabado.

—Sería factible, sí —aceptó Roger. Se mordió el labio inferior, pensativo—. Y ahora..., va usted hacia su destino.

—Mi destino: la célula-madre, Roger. La «cosa» llegada del cielo...

—Entiendo —resopló Carrel, entre dientes. Aceleró la marcha, hundiéndose en la jungla—. Cuanto antes lleguemos a Mombasa, tanto mejor. Debo entregar los diamantes de Cravatt a las autoridades... y llevarle a usted lo antes posible a su encuentro con esa forma de vida. Pero, eso sí. Una vez vividas las experiencias previas..., ¿no piensa que va a encontrarse con un enemigo... y muy poderoso, capaz de aniquilarnos a todos?

—Espero que no —negó Udanowsky—. Creo que, de un modo u otro, la «cosa» presiente que se acercan a él, y quiere impedirlo. Pero cuando nos encontremos frente a frente, trataré de convencer a esa célula de que ningún daño le haré, y, por el contrario, podremos cooperar en investigar los grandes misterios de la vida cósmica, de las formas de existencia en otros mundos y, quizá, un futuro mejor, en este mismo planeta, para la célula y para todos nosotros...

—Tenga cuidado —avisó Roger—. Ese juego puede ser muy peligroso...

—No tema nada —rechazó el científico—. Tengo todo previsto. Recuerde que podrá ser hostil en principio, pero tiene vida... e inteligencia. Todo lo que es inteligente, razona y comprende. Verá

cómo llegamos a algo realmente importante, quizá trascendental. ¡Seré el más grande científico de todos los tiempos, el primero que estableció contacto con una forma de vida diferente a la humana...!

Roger no dijo nada. Condujo en silencio. Cambió una mirada de soslayo con Kat.

Ella, la mujer de otro planeta, se limitó a susurrar entre dientes:

—Creo que es peligroso, Roger. Muy peligroso... para todos.

Roger asintió. Udanowsky, tras ellos, soñaba despierto, entornados sus ojos, en auténtico éxtasis.

—Lo sé —afirmó el explorador—. Temo por el profesor... y por nosotros. Y lo malo es que ni siquiera sé de qué tengo miedo...

Se adentraron en la selva. El camino serpenteaba entre frondas y altas arboledas. Pájaros y simios, rivalizaban en chillidos, saltando de árbol en árbol, allá arriba. El sol no llegaba a entrar totalmente, tamizado por la umbría masa de hojarasca que formaba un verde y dorado dosel en el interior de la amplia, densa jungla africana.

Era el tramo final, antes de llegar a Mombasa.

—Mira... —dijo repentinamente Kat—. ¿Qué es eso?

Roger frenó suavemente su *jeep*. Redujo la marcha con expresión preocupada.

—Cuidado —silabeó—. Parece..., parece una gran planta carnívora, Kat...

* * *

Era una planta carnívora.

La más hermosa que viera Roger en su vida. Y la más grande también.

Siempre había pensado que la historia de las plantas carnívoras era un poco mito de las gentes. Conocía algunas pequeñas, que se alimentaban de moscas e insectos, pero eso era todo.

Esta de ahora, era diferente. Muy diferente.

Tanto, que estaba devorando en ese momento a un gran pájaro de bello y polícromo plumaje...

El ave chillaba agudamente, intentando revolotear. La planta carnívora, inexorable, cerraba sus pétalos grandes, ásperos, punzantes, en torno al alado animal, que era engullido de modo implacable. Era una planta de gran tamaño, de bellísimo colorido púrpura, de largos tallos, de grandes hojas voraces, repletas de ventosas succionantes... Una baba pegajosa, amarillenta, fluía de

aquel cuerpo vegetal monstruoso, situado a un lado del sendero.

Alrededor de la gran planta, capaz de engullir a dos o tres hombres a la vez, a juzgar por su volumen, crecían numerosos ejemplares más pequeños, igualmente bellos y llamativos, e igualmente voraces. En muchos de ellos, insectos o pequeñas alimañas luchaban estérilmente por evadirse.

—Es horrible... —musitó Kat—. Plantas carnívoras...

—Nunca vi tantas —confirmó Roger—. Ni una tan grande como esa central... Sigamos adelante, y de prisa. No me gusta este lugar...

Tras ellos, venía Wolf con Ivana. Ambos miraban, también perplejos, el insólito paisaje florido, tan hermoso como terrible en su presencia. Udanowsky pegó de repente un brinco atrás, en el asiento.

—Eh, ¿qué es esto...? —jadeó—. Mi cabeza...

—¿Le ocurre algo? ¿Jaqueca tal vez? —se interesó Roger.

—No, no... —se oprimió las sienes—. Mi cabeza, Roger... Capto algo. Algo fuerte, absorbente... Ondas... Ondas mentales, creo.

—¿Mentales? —dudó Roger—. ¿De dónde, profesor?

No preguntó más. El también notó algo que penetraba a oleadas en su cráneo. Eran como aromas de flores dulzonas, pegajosas. Eran también ideas confusas, como lejanas frases pronunciadas por alguien, sin formar sonidos:

«Vosotros... Vosotros... Venid. Venid a mí. Somos amigos... Estaremos unidos. Confiad... Confiad en mí...»

—No entiendo —jadeó Roger. Miró a Kat—. ¿Captas algo mentalmente? Parecen... pensamientos, ideas, vibraciones mentales...

—No, nada. Evidentemente, mi cabeza recibe diferentes señales que tú... Pero este lugar tiene algo embriagador. Esos aromas, esta calma...

El pájaro había desaparecido totalmente entre los grandes pétalos ásperos de la gran planta carnívora. Ya no se percibía ni un ruido, ni un grito.

Pero allá, en el fondo de la mente de Roger, insistía, machacona, la idea, un pensamiento, acaso una obsesión:

«Vosotros... Venid... Venid... Ya nos hemos encontrado...»

Roger había frenado el coche, aunque algo le decía que hubiera sido mejor seguir adelante, luchar por vencer ese impulso, esa

orden llegada de alguna parte, borrosamente…

—Bajemos, Roger… —musitó Udanowsky; afable. Miró en torno, respirando profundamente—, Presiento que hay algo cerca… Busquemos. Busquemos…

—No, profesor… —trató de rechazar él, que se sentía repentinamente débil, como dominado por algo o alguien—. Vámonos ya…

—No sea loco —insistió el científico ruso—. Es un hermoso lugar… Me gusta. Respiremos en paz. Esta calma, este aroma…

Roger miraba aturdido a Ivana. Ella también caminaba, como sonámbula, hacia donde se encontraban ellos. Una voz imperiosa, pero sin sonidos, parecía retumbar en la mente de Roger ahora:

«Ven, amigo… Ven… Te espero… No te resistas… No te apartes… Ven, ven…»

Y él iba. Iba como ebrio, como hipnotizado, hacia alguna parte.

Ni siquiera se dio cuenta de que iba hacia la gran flor carnívora. Y con él, Ivana. Y su tío, Fedor Udanowsky…

* * *

Era ya una sensación profunda, embriagadora…

Alrededor suyo, aromas, olores pegajosos, dulzones, que viscosamente penetraban en sus sentidos, en su mente…

Esta parecía acorchada, como si sintiera un profundo sueño, un sopor sin límites. Y no tenía fuerza ni voluntad para vencer ese sueño.

Se dejaba llevar, arrastrar…

Hacia la gran flor púrpura. Hacia los grandes pétalos vibrantes, ávidos, golosos… Hacia el enorme vegetal carnívoro, expectante…

—Roger… —sonó la voz de Kat, muy lejana—. ¡Roger! ¿Qué hacéis todos?

—El… nos llama —susurró Roger, beatífico, sonriente—. Nos llama… a su paz y amistad… Es un amigo. El mejor amigo de todos…

—Ivana, profesor —añadió Wolf, brusco su tono—. ¿Qué les sucede a todos ustedes? ¿Es que no saben lo que hacen? Están cerca… demasiado cerca de esa planta…

No les hicieron caso. Siguieron adelante. Ya las grandes hojas espinosas, erizadas de ventosas succionantes, se abrían, voraces. Chorreaba el humor amarillento, como la baba de un glotón ante su

festín supremo…

Y ellos no veían nada. No se daban cuenta de nada.

—Kat… —jadeó Wolf—. ¿Entiendes tú esto?

—No, no logro entenderlo… Parecen dormir, flotar, no sé…

—Flores… Plantas carnívoras… Nunca vi ninguna allá, en nuestro mundo…

—No había, Wolf. Hacía miles de años que fueron extirpadas y destruidas, sus semillas arrojadas del planeta en naves especiales destructoras… ¿Recuerdas lo que dicen los textos? Cuando se descubrió que las plantas pensaban y poseían inteligencia y buscaban el dominio del planeta, el Sistema resolvió…

Kat se detuvo, repentinamente demudada. Miró con horror a su camarada de viaje cósmico. El la miró, esperando que siguiera hablando.

—Kat, ¿te pasa algo? —indagó.

—¡Wolf! —chilló ella—. ¡Wolf! ¿Es que no comprendes? ¿No te das cuenta? Las plantas carnívoras de otro tiempo… Las… Las semillas lanzadas al espacio…

—Cielos… —Wolf se volvió, angustiado, hacia sus amigos terrestres—. Las flores carnívoras… ¡inteligentes!…

Repentinamente, para los dos extraños, todo estaba claro.

Sabían qué era la «cosa» llegada de otros espacios. Sabían en qué consistía la semilla, una vez crecida. Sabían cuál era la forma de vida inteligente, llegada del Cosmos…

¡Flores carnívoras, inteligentes, ambiciosas y dominadoras!

Flores púrpura, dotadas de cerebro…

Ya era tarde. Kat gritó, trató de evitarlo.

—¡Imposible! —chilló Wolf—. ¡Mira! ¡La flor… engulle a los tres…!

CAPITULO X

LAS hojas voraces se cerraban.

Roger Carrel, Fedor Udanowsky, su sobrina Ivana...

Víctimas insensibles, dominadas, hipnotizadas, vencidas mentalmente por el poder maligno de aquella enorme masa vegetal, rodeada ya de miles de otras más pequeñas flores que, al crecer con ella, llegarían a formar un circuito de cerebros, de poder mental capaz de aniquilar todo lo imaginable.

Era el principio sólo...

El principio de la gran invasión que ellos, allá en su lejano mundo extinguido, pudieron aniquilar un día, cuando aún era tiempo.

El principio del fin para el planeta Tierra y su sociedad humana, confiada, indefensa ante semejante poder subrepticio, llegado del cielo en forma de semillas desconocidas...

Kat y Wolf se miraron, a la desesperada.

Ellos poseían fuerzas nuevas, desconocidas en la Tierra. Una fuerza capaz de luchar, de intentar cuando menos vencer a aquel poder ignorado y terrible...

Lo intentaron.

Fue inútil.

Supieron que habían fracasado cuando sus vibraciones chocaron con la gran flor, haciéndola temblar levemente, pero sin impedir que los pétalos monstruosos, gruesos y ásperos, se fuesen cerrando, como golosos labios babeantes y voraces, sobre los cuerpos rígidos, inconscientes ya, de Roger, del profesor, de I vana...

Wolf corrió a la planta, esforzándose por combatirla directamente. Esta vez, fue la flor monstruosa la que disparó algo, una vibración, una onda poderosa, que lanzó a Wolf por el suelo...

Kat contemplaba, trémula, la escena. Sus poderes superiores, nada podían ante aquel peligro terrorífico. Habían perdido la batalla.

Y, con ella, las vidas de todos sus amigos. Total, definitivamente.

Ya los pétalos púrpura, succionantes, se cerraban sobre la cabeza inmóvil de Roger Carrel...

* * *

Entonces, súbitamente, Kat tuvo un soplo de inspiración, un súbito instinto cegador.

Sus labios se movieron sin emitir sonido. Pero su mente lanzó una poderosa carga psíquica, una emisión mental... dirigida a Roger, no a la flor.

Vio que, entre los pétalos gigantes, Roger se agitaba de repente, herido por algo intangible. Observó, esperanzada que, de repente, el explorador gritaba algo, roncamente, y sus brazos musculosos forcejeaban por abrir aquellas láminas vegetales, fuertes y fibrosas, realmente temibles.

Era en vano.

Ya no podía salir de allí dentro. La flor siniestra se cerraba, de modo definitivo, total...

Volvió a emitir Kat algo, mentalmente. Trató de transmitir, a la fatigada, vencida, turbia mente de Roger, como dormitada por el influjo hipnótico de la planta, el informe que flotaba en su conciencia, en su recuerdo, de la vieja, remota historia de su planeta perdido:

—Roger... Roger... Las plantas carnívoras eran las «cosas» inteligentes de nuestro mundo en el pasado... Fueron vencidas..., destruidas... ¿Sabes cómo las vencieron? Sólo una cosa anula su poder, hiere sus emanaciones mentales... Una cosa..., la misma que hizo morir a la semilla que el profesor encontró, allá en la Luna... El carbono, Roger... El carbono... Fue el arma utilizada en los grandes exterminadores vegetales de nuestro mundo, hace siglos... El carbono... El carbono... ¡El carbono, Roger...!

Y Roger entendió. Roger captó. Roger luchó... ya dentro de la flor, herméticamente cerrada sobre ellos. La flor, cuyas ventosas empezaban a succionar, a intentar la deglución de sus víctimas, emitiendo jugos ácidos, corrosivos... que facilitasen su horrenda, monstruosa digestión...

Roger recordó vagamente. Y aun dentro de la boca voraz del vegetal hambriento, aun en aquella sima aromática de muerte, recordó...

Su mano no luchó.

Su mano se hundió en el bolsillo de su cazadora, hurgó allí, sacó algo...

Sus dedos dejaron caer, al fondo de la corola ávida de la flor carnívora llegada de otros planetas... hasta una veintena de diamantes en bruto.

Carbono cristalizado.

Carbono...

¡El arma destructora de las flores inteligentes...!

«* *

Y tuvo éxito.

Apenas las gruesas gemas de carbono cayeron en el fondo, golpeando la corola babeante, ocurrió el prodigio.

La flor pareció emitir quejidos, agitarse, convulsa. El montón de diamantes, al choque con los ácidos de la flor, empezaron a disolverse, a diluirse en gas, como si fuesen algo blando y maleable...

Carbono cristalizado se mezcló con los jugos de la flor viviente... y ésta empezó a estremecerse, abriendo desesperada, angustiadamente, sus grandes pétalos asesinos.

Entre una humareda acre, los pétalos empezaron a arrugarse, a ceder, agostándose... Culebreaban, frenéticos, los gruesos tallos velludos de la monstruosa planta... Todo, dentro de ella, estallaba en un caos delirante de tejidos vegetales heridos de muerte...

Saltó Roger de su interior viscoso, extrajo de allí a Ivana, al profesor... Wolf y Kat corrieron a ayudarle...

Después, agonizó ante sus ojos la enorme flor, aturdido su formidable poder mental por el veneno de sus tejidos. Ante el asombro de Roger, los diamantes eran ya sólo gas, vapor diluyéndose en el vientre atroz de aquel vegetal inteligente y cruel...

—Dios mío..., qué a tiempo —jadeó el explorador—. Y pensar que una fortuna en diamantes... está salvando quizás al mundo...

Luego, rabiosamente, se volvió, comenzó a pisotear, a estrujar las flores, de las que parecían salir gritos! sollozos, como acordes de

violín.

El profesor Udanowsky intentó frenar el destrozo, detenerle.

—No, Roger... Esas ¿«millas... pueden ser importantes en la investigación... —suplicó el sabio.

—No, no correremos riesgos, profesor. Esto será todo destruido. Haremos venir tropas de Mombasa, aniquilar todo esto inexorablemente... ¡Ni una sola semilla espacial puede quedar con vida, prosperando en tierra fértil! ¡Es demasiado terrible lo que hemos visto cara a cara, la fuerza terrible que esperaba invadir el mundo... para dejar que esto siga adelante, ni siquiera en bien de la Ciencia, profesor!

Y, pese a sus esfuerzos, apartó a Udanowsky de un empellón, y siguió destrozando, destrozando..., ayudado por Ivana, por Wolf, por Kat...

Los alucinantes, débiles sollozos de las plantas inteligentes, machacadas sin piedad bajo las botas de Carrel, continuó unos minutos...

* * *

—Asunto concluido, Carrel —dijo el teniente de policía de Mombasa—. Ni una sola planta sobrevivió al exterminio, por medio de fuego y carbono. ¿Satisfecho?

—Sí, gracias —Roger suspiró, tomando un sorbo de su combinado, en aquella terraza fresca y amplia, en Mombasa. Encima de ellos, estrellas, noche, cielo tranquilo, radiante.

Y paz completa alrededor. Udanowksy, lamentando en silencio su fracaso científico. Ivana, pensativa. Wolf y Kat, esperando a marcharse, en cuanto se ausentara el oficial de la policía nativa.

—Espero que todo esté ahora en orden, Carrel —habló el policía nativo.

—Todo en orden, sí. *Y* espero que para siempre...

—¿Tan nocivas eran esas flores? —dudó el policía.

—Mucho. Emitían un veneno especial, que afectaba a nervios y cerebro —mintió fríamente Roger—. El fuego las extermina, pero dejaba partículas venenosas, que sólo el carbono puede destruir.

—El carbono... Entiendo, sí.

—Si entendieras realmente... —musitó Roger—. Una fortuna en diamantes para acabar con la principal adversaria:..

—¿Decía, Roger?

—No, nada. Gracias, teniente, por todo. Ya nos veremos mañana, amigo mío. Ahora, sólo quiero descansar...

El policía saludó cortésmente a todos, y se ausentó.

En la terraza, bajo las estrellas, todos se miraron en silencio. Kat se incorporó.

—Creo que es hora de marcharse —dijo.

—Oh, sí —asintió Roger—. La luna...

—Sí, la luna —afirmó Wolf—. No podemos correr riesgos...

—Lo entiendo —Roger miró al profesor, pensativo—. Por cierto, Udanowsky dijo algo antes.

—¿Algo? ¿Sobre qué? —indagó Kat.

—Sobre ti y sobre Wolf... El afirmó que algunos procesos biológicos anormales, terminan por ir desapareciendo... A veces, en otro planeta, en otro clima, bajo una luna diferente... puede suceder eso. No sé si tiene base científica, pero ¿por qué no probarlo?

—¿Probarlo? ¿Cuándo? —dudó Wolf.

—Ahora. Esta noche. Aquí.

—Sí, eso dije: aquí..., ahora.

—¿Valdrá la pena correr e) riesgo? —dudó Kat.

—Creo que vale la pena —asintió Roger—. Intentadlo. Por favor...

—Bien... Lo intentaremos —asintió Wolf.

Poco después, la luna emergía sobre Mombasa...

Grande, redonda, plateada...

* * *

Ni un rugido. Ni una mutación. Ni una metamorfosis. Sólo un desasosiego, un cosquilleo, una sensación rara en ambos...

Eso fue todo. Se miraron. Miraren a Roger, a Udanowsky. El ruso bostezó.

—Estaba seguro de ello. Su naturaleza se va adaptando al planeta Tierra... paulatinamente. El proceso biológico artificial... se ha detenido al fin.

—Entonces... somos ya como los demás —musitó Wolf. .

—Y podemos quedarnos... para siempre —susurró Kat.

—Sí —afirmó Roger—. Para siempre... Y se miraron largamente. Con una sonrisa esperanzada, llena de optimismo, de fe...

Dos Extraños, hablan encontrado un nuevo mundo donde vivir, tras su fuga del planeta del terror, allá en otras galaxias.

Un mundo nuevo… y quizá nuevas vidas y nuevos afectos…

F I N

Notas

[1] *Alude a la frase que Shakespeare pone en boca del príncipe de Dinamarca, en su tragedia Hamlet, al mencionar que "hay más cosas en el cielo y en la Tierra, de las que sabe su filosofía", dirigiéndose a su fiel amigo "Horacio".* <<

[2] *Wolf, en Inglés: "lobo". Cat, "gato". En este caso, el utilizar la letra K, no altera la fonética de "cat", ni su significado por tanto.* <<